El asco

Thomas Bernhard en San Salvador

Horacio Castellanos Moya



Tras dieciocho años de exilio voluntario en Canadá, Edgardo Vega se ve obligado a regresar a El Salvador para acudir al entierro de su madre. Ya el viaje, «una espeluznante travesía», se le hace insoportable, y sus compatriotas, que le resultan repulsivos, provocan en él una ansiedad que no le abandonará hasta que se marche del país. Todo esto se lo cuenta de manera torrencial a Moya, antiguo compañero de colegio con quien, durante su estancia, sale a tomar unas copas y quien, posteriormente, reproducirá el brutal monólogo de Edgardo Vega. En efecto, Vega, que siente un profundo desprecio hacia El Salvador, arremete contra todo: contra el papel de la Iglesia en la sociedad, contra la incultura, la política y los políticos, e incluso contra su propia familia… Sin dejar títere con cabeza, vomita sus críticas de modo despiadado, hasta el punto de que su discurso, y él mismo, se identifican con el lúcido e implacable escritor Thomas Bernhard.



Horacio Castellanos Moya

El asco

Thomas Bernhard en San Salvador

ePub r1.2
Titivillus 11.06.2020

Título original: *El asco*
Horacio Castellanos Moya, 1997

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1



A Tania

A José Luis Perdomo O.

Advertencia

Edgardo Vega, el personaje central de este relato, existe: reside en Montreal bajo un nombre distinto —un nombre sajón que tampoco es Thomas Bernhard—. Me comunicó sus opiniones seguramente con mayor énfasis y descarno del que contienen en este texto. Quise suavizar aquellos puntos de vista que hubieran escandalizado a ciertos lectores.

Suerte que viniste, Moya, tenía mis dudas que vinieras, porque este lugar no le gusta a mucha gente en esta ciudad, hay gente a la que no le gusta para nada este lugar, Moya, por eso no estaba seguro si vos ibas a venir, me dijo Vega. A mí me encanta venir al final de la tarde, sentarme aquí en el patio, a beber un par de whiskis, tranquilamente, escuchando la música que le pido a Tolín, me dijo Vega, no sentarme en la barra, allá adentro, mucho calor en la barra, mucho calor allá adentro, es mejor aquí en el patio, con un trago y el *jazz* que pone Tolín. Es el único lugar donde me siento bien en este país, el único lugar decente, las demás cervecerías son una inmundicia, abominables, llenas de tipos que beben cerveza hasta reventar, no lo puedo entender, Moya, no puedo entender cómo esta raza bebe esa cochinada de cerveza con tanta ansiedad, me dijo Vega, una cerveza cochina, para animales, que sólo produce diarrea, es lo que bebe la gente aquí, y lo peor es que se siente orgullosa de beber una cochinada, son capaces de matarte si les decís que lo que están bebiendo es una cochinada, agua sucia, no cerveza, en ningún lugar del mundo eso sería considerado como cerveza, Moya, vos lo sabés como yo, ése es un líquido asqueroso, sólo lo pueden beber con tal pasión por ignorancia, me dijo Vega, son tan ignorantes que beben esa cochinada con orgullo, y no con cualquier orgullo, sino con orgullo de nacionalidad, con orgullo de que están bebiendo la mejor cerveza del mundo, porque la Pílsener salvadoreña es la mejor cerveza del mundo, no una cochinada que únicamente produce diarrea como pensaría cualquier persona en su sano juicio, sino la mejor cerveza del mundo, porque esa es la primera y principal característica de los pueblos ignorantes, consideran que su miasma es la mejor del mundo, son capaces de matarte si les negás que su miasma, que su mugrosa cerveza diarreica, es la mejor del mundo, me dijo Vega. Me gusta este lugar, no se parece en

nada a esa mugre de cervecerías donde venden esa cochinada de cerveza que aquí se bebe con tanta pasión, Moya, este lugar tiene su propia personalidad, una decoración para gente mínimamente sensible, aunque se llame La Lumbre, aunque en la noche sea horroroso, insoportable por la bulla de esos grupos de *rock*, por el ruido de esos grupos de *rock*, por la perversión de molestar al prójimo que tienen esos grupos de *rock*. Pero a esta hora de la tarde este bar me gusta, Moya, es el único sitio al que puedo venir, donde nadie me molesta, donde nadie se mete conmigo, me dijo Vega. Por eso te cité aquí, Moya, La Lumbre es el único lugar de San Salvador donde puedo beber, y un par de horas nada más, entre cinco y siete de la tarde, tan sólo un par de horas, después de las siete este sitio resulta insoportable, el lugar más insoportable que pueda existir por el ruido de los grupos de *rock*, tan insoportable como las cervecerías llenas de tipos que beben con orgullo su cerveza sucia, me dijo Vega, pero ahora podemos hablar con tranquilidad, entre cinco y siete no nos molestaran. He venido a este lugar ininterrumpidamente desde hace una semana, Moya, desde que lo descubrí vengo todos los días a La Lumbre, entre cinco y siete de la tarde, y por eso decidí verte aquí, tengo que platicar con vos antes de irme, tengo que decirte lo que pienso de toda esta inmundicia, no hay otra persona a la que le pueda contar mis impresiones, las ideas horribles que he tenido estando aquí, me dijo Vega. Desde que te vi en el velorio de mi mamá, me dije: Moya es el único con el que voy a hablar, nadie más de mis compañeros de colegio apareció por la funeraria, nadie más se acordó de mí, ninguno de los que se decían mis amigos apareció cuando mi vieja se murió, sólo vos, Moya, pero quizás haya sido mejor, porque en realidad ninguno de mis compañeros de colegio fue mi amigo, ninguno volvió a verme luego que acabamos el colegio, mejor que no hayan aparecido, mejor que al velorio de mi mamá no haya llegado ninguno de mis excompañeros, excepto vos, Moya, porque odio los velorios, odio tener que estar recibiendo condolencias, no hallo qué decir, me molestan esos desconocidos que llegan a abrazarte y se sienten como tus íntimos nada más porque tu madre ha muerto, mejor que no hayan llegado, odio tener que ser simpático con gente a la que no conozco, y la mayoría de quienes llegan a darte el pésame, la mayoría de los que asisten a los velorios, son personas a las que

no conoces, a las que jamás volverás a ver en tu vida, Moya, pero tenes que hacerles buena cara, cara de compunción y agradecimiento, cara de que en realidad agradeces que esos desconocidos vayan al velorio de tu madre a darte sus condolencias, como si en esos momentos lo que vos más necesitaras es estar siendo simpático con desconocidos, me dijo Vega. Y cuando vos llegaste, pensé qué buena onda que Moya haya venido, y mejor incluso que se haya ido tan pronto, gracias a Moya, a que se ha ido tan pronto, pensé, no tengo que estar atendiendo a excompañeros de colegio, me dijo Vega, no tuve que estar siendo simpático con nadie, porque en el velorio de mi madre apenas estuvimos mi hermano Ivo y su familia, una docena de conocidos de ella y de él (de mi hermano) y yo, el hijo mayor, el que tuvo que venir apresuradamente de Montreal, el que nunca esperaba regresar a esta mugre de ciudad, me dijo Vega. Nuestros excompañeros de colegio han de ser de lo peor, un verdadero asco, qué suerte que no me encontré a ninguno, aparte de vos, por supuesto, Moya, no tenemos nada en común, no puede haber una sola cosa que me una a alguno de ellos. Nosotros somos la excepción, nadie puede mantener su lucidez después de haber estudiado once años con los hermanos maristas, nadie puede convertirse en una persona mínimamente pensante después de estar bajo la educación de los hermanos maristas, haber estudiado con los hermanos maristas es lo peor que me pudo haber sucedido en la vida, Moya, haber estudiado bajo las órdenes de esos gordos homosexuales ha sido mi peor vergüenza, nada tan estúpido como haberse graduado en el Liceo Salvadoreño, en el colegio privado de los hermanos maristas en San Salvador, en el mejor y más prestigioso colegio de los hermanos maristas en El Salvador, nada tan abyecto como que los maristas le hayan moldeado el espíritu a uno durante once años, ¿te parece poco, Moya? Once años escuchando estupideces, obedeciendo estupideces, tragando estupideces, repitiendo estupideces, me dijo Vega. Once años respondiendo sí hermano Pedro, sí hermano Beto, sí hermano Heliodoro, la más asquerosa escuela para la sumisión del espíritu, en ésa estuvimos, Moya, por eso no me importa que ninguno de los sujetos que fueron nuestros compañeros en el Liceo haya llegado al velorio de mi madre, fueron once años de domesticación del espíritu, once años de miseria espiritual que no quería

recordar, once años de castración espiritual, cualquiera de ellos que hubiera llegado sólo hubiera servido para que yo rememorara los peores años de mi vida, me dijo Vega. Pero pedí un trago, por estar con mi perorata ni me había fijado, tomate un *whisky* conmigo, llamemos a Tolín, el barman, el disyoqui, el milusos a esta hora, un tipo buena gente, alguien a quien le agradezco que haya hecho mínimamente placentera mi estadía en este horrible país. Me da alegría platicar con vos, Moya, aunque también hayas estudiado en el Liceo como yo, aunque tengas la misma inmundicia en el alma que me metieron los hermanos maristas durante esos once años, me siento contento de haberte encontrado, un exestudiante marista que no participa del cretinismo generalizado, eso sos vos, Moya, igual que yo, me dijo Vega. Yo tenía dieciocho años de no regresar al país, dieciocho años en que no me hacía falta nada de esto, porque yo me fui precisamente huyendo de este país, me parecía la cosa más cruel e inhumana que habiendo tantos lugares en el planeta a mí me haya tocado nacer en este sitio, nunca pude aceptar que habiendo centenares de países a mí me tocara nacer en el peor de todos, en el más estúpido, en el más criminal, nunca pude aceptarlo, Moya, por eso me fui a Montreal, mucho antes de que comenzara la guerra, no me fui como exiliado, ni buscando mejores condiciones económicas, me fui porque nunca acepté la broma macabra del destino que me hizo nacer en estas tierras, me dijo Vega. Después llegaron a Montreal miles de tipos siniestros y estúpidos nacidos también en este país, llegaron huyendo de la guerra, buscando mejores condiciones económicas, pero yo estaba allá desde mucho antes, Moya, porque a mí no me corrió la guerra, ni la pobreza, yo no me fui huyendo por la política, sino que simplemente nunca acepté que tuviera el mínimo valor esa estupidez de ser salvadoreño, Moya, siempre me pareció la peor tontería creer que tenía algún sentido el hecho de ser salvadoreño, por eso me fui, me dijo Vega, y no me metí ni ayudé a ninguno de esos tipos que se decían mis compatriotas, yo no tenía nada que ver con ellos, yo no quería recordar nada de esta mugrosa tierra, yo me fui precisamente para no tener nada que ver con ellos, por eso los evité siempre, me parecían una peste, con sus comités de solidaridad y todas esas estupideces. Nunca pensé volver. Moya, siempre me pareció la peor pesadilla tener que regresar a San Salvador, siempre temí que hubiera un

momento en que tuviera que regresar a este país, y lo evité a como diera lugar, lo evité a toda costa, siempre fue la peor pesadilla la posibilidad de regresar a este país y no poder salir nuevamente, te lo juro, Moya, esa pesadilla no me dejó dormir durante años, hasta que saqué mi pasaporte canadiense, hasta que me convertí en ciudadano canadiense, hasta entonces esa horrible pesadilla dejó de fastidiarme, me dijo Vega. Ahora por eso me animé a venir, Moya, porque mi pasaporte canadiense es mi garantía, si no tuviera este pasaporte canadiense no me hubiera animado jamás a venir, ni se me hubiera ocurrido subir a un avión si no tuviera mi pasaporte canadiense. Y aun así sólo he venido porque se murió mi madre, Moya, la muerte de mi madre es la única razón que me pudo obligar a regresar a esta podredumbre, si no hubiera muerto mi madre jamás hubiera regresado, incluso cuando pensaba en la eventualidad de que muriera mi madre, Moya, jamás se me ocurrió que yo tuviera que regresar, me decía que mi hermano lo arreglaría todo, que mi hermano vendería las pertenencias de mi madre y me enviaría la parte que me corresponde a mi cuenta bancaria en Montreal, me dijo Vega. No tenía la menor intención de venir ni al velorio de mi madre, Moya, ella lo sabía, cada vez que llegaba a Montreal a visitarme yo le repetía que no pensaba regresar aunque ella muriera, que yo no tenía nada que hacer en estas podredumbres, y mi madre siempre me dijo que no fuera ingrato, que cuando ella muriera yo tenía que venir a su velorio, me lo pidió tanto, insistió de tal manera, pese a mis negativas, que ahora estoy aquí. Ganó mi madre, Moya, me hizo regresar, ya muerta, claro, pero ganó: estoy aquí luego de dieciocho años, regresé nada más para constatar que hice muy bien en irme, que lo mejor que se me pudo ocurrir fue largarme de esta miseria, que este país no vale la pena para nada, este país es una alucinación, Moya, sólo existe por sus crímenes, por eso hice bien en largarme, en cambiar de nacionalidad, en no querer saber nada de él, es lo mejor que se me pudo ocurrir, me dijo Vega. Aquí viene Tolín con tu trago, Moya, eso me gusta también de este bar, me encanta ser amigo de quien me sirve los tragos, me encanta que me sirvan los tragos sustanciosos, sin tacañería, sin medida, nada más la botella empinada sobre el vaso, me gusta por eso venir a este lugar, Tolín es un excelente barman, me trata de lo mejor, me sirve los mejores tragos, si él no estuviera aquí yo no vendría, ni

lo dudes, vengo a este bar porque Tolín me sirve unos whiskis hermosos, me dijo Vega. Gracias a que encontré este lugar mi estadía ha sido un poco más leve, Moya, porque al final tuve que regresar a causa de mi madre: se las desquitó todas, la señora, se desquitó todas las que le hice en Montreal, se desquitó mi desprecio, mi negativa a escuchar nada que tuviera que ver con este país, mi negativa rotunda a que ella me contara la situación de fulanito y de menganito, a que me contara cómo aquel mi compañero de infancia se había convertido en un ingeniero de éxito y este otro en un médico cotizadísimo, se desquitó mi total desprecio a escuchar cualquier cosa que tuviera que ver con este país, mi desprecio a escuchar cualquier cosa que tuviera que ver con mi pasado, con mis amigos del colegio, con mis amigos del barrio, me dijo Vega. La última vez que mi madre llegó a Montreal, hace dos años, me lo advirtió, Moya, me dijo que yo tendría que venir cuando ella muriera, que yo no podía ser tan ingrato. Y aquí estoy, aunque sólo sea por un mes, aunque nada más se trate de treinta días, aunque no tenga la intención de estar ni un día más, aunque no logremos vender la casa de mi madre en este periodo, estoy aquí, en un sitio al que nunca creí regresar, al que nunca quise regresar. Yo no entiendo qué hacés vos aquí, Moya, ésa es una de las cosas que te quería preguntar, ésa es una de las curiosidades que más me inquietan, cómo alguien que no ha nacido aquí, cómo alguien que puede irse a vivir a otro país, a un lugar mínimamente decente, prefiere quedarse en esta asquerosidad, explícame, me dijo Vega. Vos naciste en Tegucigalpa, Moya, y te pasaste los diez años de la guerra en México, por eso no entiendo qué hacés aquí, cómo se te pudo ocurrir regresar a vivir, a radicarte en esta ciudad, qué te trajo una vez más a esta mugre. San Salvador es horrible, y la gente que la habita peor, es una raza podrida, la guerra trastornó todo, y si ya era espantosa antes de que yo me largara, si ya era insoportable hace dieciocho años, ahora es vomitiva, Moya, una ciudad realmente vomitiva, donde sólo pueden vivir personas realmente siniestras, o estúpidas, por eso no me explico qué hacés vos aquí, cómo podés estar entre gente tan repulsiva, entre gente cuyo máximo ideal es ser sargento, ¿los has visto caminar, Moya?, yo no lo podía creer cuando vine, me parecía la cosa más repulsiva, te lo juro, todos caminan como si fueran militares, se cortan el pelo como si fueran

militares, piensan como si fueran militares, espantoso, Moya, todos quisieran ser militares, todos serían felices si fueran militares, a todos les encantaría ser militares para poder matar con toda impunidad, todos traen las ganas de matar en la mirada, en la manera de caminar, en la forma en que hablan, todos quisieran ser militares para poder matar, eso significa ser salvadoreño, Moya, querer parecer militar, me dijo Vega. Me da asco, Moya, no hay algo que me produzca más asco que los militares, por eso tengo quince días de sufrir asco, es lo único que me produce la gente en este país, Moya, asco, un terrible, horroroso y espantoso asco, todos quieren parecer militares, ser militar es lo máximo que se pueden imaginar, como para vomitarse. Por eso te digo que no entiendo qué hacés aquí, aunque Tegucigalpa ha de ser más horrible que San Salvador, aunque la gente en Tegucigalpa debe ser igualmente imbécil que la gente en San Salvador, al fin son dos ciudades que están demasiado cerca, dos ciudades donde los militares han dominado por décadas, dos ciudades infectadas, espantosas, repletas de tipos que quieren quedar bien con los militares, que quieren vivir como los militares, que ansían parecer militares, que buscan la menor oportunidad de arrastrarse ante los militares, me dijo Vega. Un verdadero asco, Moya, es lo único que siento, un tremendo asco, nunca he visto una raza tan rastrera, tan sobalevas, tan arrastrada con los militares, nunca he visto un pueblo tan energúmeno y criminal, con tal vocación de asesinato, un verdadero asco. Solamente quince días he necesitado para saber que estoy en el peor lugar en que podría estar: ahorita porque no hay nadie aquí en el bar, Moya, pero te puedo asegurar que después de las ocho de la noche, cuando comienzan a entrar todos esos energúmenos que vienen por el grupo de *rock*, te puedo asegurar que la mayoría entra con una mirada que te quiere dejar claro que son capaces de matarte a la menor provocación, que para ellos el hecho de matarte no tiene la menor importancia, que en realidad desearían que les dieras la oportunidad de demostrar que son capaces de matarte, me dijo Vega. Una belleza de raza, Moya, si lo pensás bien, si lo pensás con detenimiento, te darás cuenta que es una belleza de raza, lo único que le importa es la plata que tenes, a nadie le importa nada más, la decencia se mide por la cantidad de dinero que tenes, no hay ningún otro valor, no se trata de que la cantidad de plata que

tengas esté por sobre todos los demás valores, no significa eso, Moya, significa que no hay otro valor, que no existe ninguna otra cosa que esté detrás de eso, simple y sencillamente ése es el único valor que existe. Por eso me da risa que vos estés aquí, Moya, no entiendo cómo se te ha podido ocurrir venir a este país, regresar a este país, quedarte en este país, es un verdadero absurdo si a vos lo que te interesa es escribir literatura, eso demuestra que en realidad a vos no te interesa escribir literatura, nadie a quien le interese la literatura puede optar por un país tan degenerado como éste, un país donde nadie lee literatura, un país donde los pocos que pueden leer jamás leerían un libro de literatura, hasta los jesuitas cerraron la carrera de literatura en su universidad, eso te da una idea, Moya, aquí a nadie le interesa la literatura, por eso los jesuitas cerraron esa carrera, porque no hay estudiantes de literatura, todos los jóvenes quieren estudiar administración de empresas, eso sí interesa, no la literatura, todo mundo quiere estudiar administración de empresas en este país, en realidad en pocos años no habrá más que administradores de empresas, un país cuyos habitantes serán todos administradores de empresas, ésa es la verdad, ésa es la horrible verdad, me dijo Vega. A nadie le interesa ni la literatura, ni la historia, ni nada que tenga que ver con el pensamiento o con las humanidades, por eso no existe la carrera de historia, ninguna universidad tiene la carrera de historia, un país increíble, Moya, nadie puede estudiar historia porque no hay carrera de historia, y no hay carrera de historia porque a nadie le interesa la historia, es la verdad, me dijo Vega. Y todavía hay despistados que llaman «nación» a este sitio, un sinsentido, una estupidez que daría risa si no fuera por lo grotesco: cómo pueden llamar «nación» a un sitio poblado por individuos a los que no les interesa tener historia ni saber nada de su historia, un sitio poblado por individuos cuyo único interés es imitar a los militares y ser administradores de empresas, me dijo Vega. Un tremendo asco, Moya, un asco tremendísimo es lo que me produce este país. Y sólo he estado quince días, dedicado a hacer los trámites para vender la casa de mi madre, quince días que han bastado para confirmar que aquí no ha sucedido nada, aquí nada ha cambiado, la guerra civil sólo sirvió para que una partida de políticos hicieran de las suyas, los cien mil muertos apenas fueron un recurso macabro para que un grupo de políticos ambiciosos se repartieran

un pastel de excrementos, me dijo Vega. Los políticos apestan en todas partes, Moya, pero en este país los políticos apestan particularmente, te puedo asegurar que nunca había visto políticos tan apestosos como los de acá, quizás sea por los cien mil cadáveres que carga cada uno de ellos, quizás la sangre de esos cien mil cadáveres es la que los hace apestar de esa manera tan particular, quizás el sufrimiento de esos cien mil muertos les impregnó esa manera particular de apestar, me dijo Vega. Nunca he visto políticos tan ignorantes, tan salvajemente ignorantes, tan evidentemente analfabetos como los de este país, Moya, resulta claro para cualquier persona mínimamente instruida que los políticos de este país tienen especialmente atrofiada la capacidad de lectura, a la hora de hablar se les nota que desde hace tiempo no ejercen su capacidad de lectura, resulta evidente que lo peor que les podría suceder a los políticos es que alguien los obligara a leer en voz alta ante un público, sería tremendo, Moya, te aseguro que en este país no hay necesidad de hacer un debate de ideas entre candidatos, resultaría suficiente prueba que los candidatos leyeran cualquier texto en voz alta ante un público, te juro que poquísimos políticos pasarían esta prueba de leer de corrido en voz alta. Y cómo se desviven por aparecer en la televisión, Moya, es horrible, si encendés la televisión a la hora del desayuno en todos los canales aparece un estúpido haciéndole las mismas preguntas estúpidas a un político que únicamente responde estupideces, me dijo Vega. Como para morirse, Moya, como para vomitar el desayuno, como para arruinarte el día. Ya de por sí la televisión es una peste, en Montreal ni siquiera tengo televisión, pero aquí en la casa de mi hermano, donde me quedé hasta hoy en la mañana, me obligaban a ver televisión a la hora de comida, aunque no lo creas, Moya, tienen el televisor enfrente de la mesa del comedor, para obligarme a ver la televisión a la hora de comer, es horrible, no podés comer normalmente, no podés hacer ningún tiempo de comida normalmente porque ahí está el televisor encendido para fastidiarte los nervios. Por eso, en contra de mi voluntad, he tenido que ver y escuchar a esos políticos apestosos por la sangre de las cien mil personas que mandaron a la muerte con sus ideas grandiosas, un tremendo asco me producen esos tipos tenebrosos que tienen en sus manos el futuro de este país, Moya, no importa si son de derecha o de izquierda, son igualmente

vomitivos, igualmente corruptos, igualmente ladrones, se les nota en la cara la ansiedad por robar lo que puedan, unos sujetos realmente de cuidado, Moya, sólo necesitas encender el televisor para verles en la jeta la ansiedad por saquear lo que puedan a quien puedan, unos pillos con saco y corbata que antes tuvieron su festín de sangre, su orgía de crímenes, y ahora se dedican al festín del saqueo, a la orgía del robo, me dijo Vega. Pero brindemos, Moya, que no se nos amargue nuestro reencuentro por culpa de esos politicastros que diariamente arruinaron mis comidas desde el televisor que mi hermano y su mujer encendían en el mismo momento en que me sentaba a la mesa. Y lo peor son esos miserables políticos de izquierda, Moya, ésos que antes fueron guerrilleros, ésos que antes se hacían llamar comandantes, ésos son los que más asco me producen, nunca creí que hubiera tipos tan farsantes, tan rastreros, tan viles, una verdadera asquerosidad de sujetos, luego que mandaron a la muerte a tanta gente, luego que mandaron al sacrificio a tanto ingenuo, luego que se cansaron de repetir esas estupideces que llamaban sus ideales, ahora se comportan como las ratas más voraces unas ratas que cambiaron el uniforme militar del guerrillero por el saco y la corbata, unas ratas que cambiaron sus arengas de justicia por cualquier migaja que cae de la mesa de los ricos, unas ratas que lo único que siempre quisieron fue apoderarse del Estado para saquearlo, unas ratas realmente asquerosas, Moya, me da lástima pensar en todos esos imbéciles que murieron a causa de estas ratas, me produce una tremenda lástima pensar en esos miles de imbéciles que se hicieron matar por seguir las órdenes de estas ratas, en esas decenas de miles de imbéciles que fueron a la muerte entusiasmados por seguir las órdenes de estas ratas que ahora sólo piensan en conseguir la mayor cantidad de dinerito posible para parecerse a los ricos que antes combatían, me dijo Vega. Pidamos otro par de whiskis, Moya, aprovechemos que aún es temprano, que Tolín está a cargo de todo y nos sirve los tragos generosamente; le pediré que ponga el Concierto en Si Bemol Menor para piano y orquesta de Tchaikovski, esta tarde tengo ganas de escuchar ese Concierto en Si Bemol Menor de Tchaikovski, por eso traje mi propio disco compacto con ese estupendo concierto para piano y orquesta, por eso vine preparado con lo que más me gusta de Tchaikovski. ¿Te acordás de Olmedo, Moya, estúpido que siempre

sacaba excelentes notas y trataba de quedar bien con los hermanos maristas, uno que parecía cura, un tipo realmente aburrido e indeseable por su exacerbado deseo de quedar bien con los curas? Fue el único de nuestra clase que se fue con la guerrilla, Moya, me lo contaron hace un par de días, el único de la clase que murió en las filas de la guerrilla, el cretino de Olmedo. ¿Y sabés lo peor? Lo mataron sus propios camaradas, lo fusilaron en San Vicente, estas ratas que ahora se han convertido en políticos lo mandaron a matar, lo fusilaron por traidor, al cretino de Olmedo, el único de nuestra clase que murió en la guerrilla, por imbécil, ya se le miraba desde el colegio, ¿te acordás?, un tipo que por su ingenuidad acabó fusilado por órdenes de estas ratas, me dijo Vega. Me lo contaron recientemente: Olmedo fue uno de los centenares de ingenuos asesinados por estas ratas bajo la acusación de ser infiltrados del enemigo, centenares asesinados por sus propios jefes bajo el cargo de traición, asesinados por órdenes de sus mismos jefes en las faldas del volcán de San Vicente. Horrible, Moya, el pobre imbécil de Olmedo, vaya muerte la que se buscó. Es horrible pensar la alegría con que la gente se hizo matar en este país, la facilidad con que miles fueron al sacrificio como borregos enarbolando sus causas vomitivas, matando por sus causas vomitivas, dispuestos a morir por sus causas vomitivas, me dijo Vega. ¿Y todo para qué? Para que una partida de ladrones con disfraz de políticos se repartan el botín. Es increíble, Moya, realmente increíble, la estupidez humana no tiene límites, y particularmente en este país, donde la gente lleva la estupidez humana a récords inusitados, sólo así se puede explicar que el político más popular del país en los últimos veinte años haya sido un sicópata criminal, sólo así se puede explicar que un sicópata criminal que mandó a asesinar a miles de personas en su cruzada anticomunista se haya convertido en el político más popular, que un sicópata criminal que mandó a asesinar al arzobispo de San Salvador se haya convertido en el político más carismático, más querido, no sólo por los ricos sino por la población en general, una asquerosidad de dimensiones monstruosas, si lo pensás detenidamente, Moya, un sicópata criminal asesino de arzobispo convertido en prócer, un sicópata criminal transmutado en la estatua a la que rinde culto buena parte de la población, porque ese asesino torturador blasfemó con tal saña que la lengua se le

pudrió de cáncer, la garganta se le pudrió de cáncer, el cuerpo se le pudrió de cáncer, sólo en este país y con esta gente puede suceder una barbaridad de tales dimensiones, una asquerosidad tan flagrante como convertir en prócer a un sicópata criminal, me dijo Vega. Por eso yo, en cuanto termine de hacer todos los trámites para la venta de la casa de mi madre, me largaré inmediatamente a Montreal, Moya, aunque la casa aún no haya sido vendida, aunque tenga que dejar la responsabilidad de la venta en mi hermano, aunque tenga que confiar en mi hermano, aunque mi hermano al final de cuentas me engañe y se quede con mi parte del dinero por la venta de la casa de mi madre, aunque pierda la única herencia que pudo dejarme mi madre porque mi hermano se robe mi parte del dinero por la venta de la casa, prefiero largarme lo antes posible, Moya, no aguantaría ni un minuto más, podría morir de asco, de una profunda y fulminante septicemia espiritual, incluso me iré antes, pensándolo bien podría irme a más tardar en una semana, no tengo ningún motivo para esperar a que pasen dos semanas, mañana mismo cambiaré mi reservación para dentro de una semana, para cuando según el abogado ya habré firmado todos los papeles que tengo que firmar, me dijo Vega. No tengo nada que hacer en este país, Moya, aparte de venir diariamente a tomar un par de tragos a este bar entre cinco y siete de la tarde y de firmar los documentos relativos a la casa que nos heredó mi madre, no tengo nada que hacer aquí. Y estoy seguro, escúchame bien, Moya, de que mi hermano hará todo lo posible para robarme la parte del dinero de la casa que me corresponde, se le nota de lejos que tiene toda la intención de transarme el dinero de esa casa de la colonia Miramonte que mi madre nos heredó a ambos, se le nota a la legua que está en contubernio con el abogado para tratar de robarme esa pequeña herencia que me dejó mi madre, porque mi hermano Ivo nunca pensó que mi madre me incluyera en su testamento, siempre estuvo seguro que por mi absoluta ausencia del país mi madre me excluiría de su testamento, y que él (Ivo) sería el único heredero, el que se quedaría con la casa de la colonia Miramonte, me dijo Vega. Por eso Ivo se debe haber sorprendido cuando el notario le leyó el testamento en el que se decía que mi madre heredaba esa casa de la colonia Miramonte a sus dos hijos, con la única condición de que yo viniera a sus funerales, y que si yo venía a sus funerales, entonces a mí me correspondía

decidir qué hacer con esa casa. Estoy completamente seguro, Moya, que si mi hermano Ivo hubiera leído el testamento en el mismo momento en que moría mi madre no me hubiera avisado, estoy segurísimo que algo se hubiera inventado para evitar avisarme, para evitar que yo viniera al país a reclamar la parte de la herencia que me corresponde, para obligarme a no cumplir la cláusula que mi madre incluyó en su testamento. Pero Clara, la mujer de Ivo, cometió la imprudencia de telefonearme unos minutos después de que mi madre había muerto, una imprudencia que en ese momento a ninguno de los dos le pareció importante, porque ambos estaban seguros de que yo no vendría al país aunque mi madre muriera, porque ambos desconocían la cláusula del testamento que mi madre había entregado al notario, porque ambos desconocían que mi madre ya me había advertido que si no estaba presente en sus funerales no me dejaría nada de la casa de la colonia Miramonte, porque ambos ya se creían dueños de la casa de la colonia Miramonte, me dijo Vega. Y cuál no sería la sorpresa de Ivo y de Clara cuando les anuncié que llegaría al siguiente día, cuando les pedí que retrasaran el entierro de mi madre hasta la mañana siguiente, cuando me vieron entrar a la funeraria procedente del aeropuerto, cuando dos días después el notario nos leyó el testamento de mi madre en el que se me daba potestad sobre el destino de la casa de la colonia Miramonte, Moya, una casa que ahora está valorada en cien mil dólares por estar ubicada apenas a dos cuadras del Hotel Camino Real, una casa que mi hermano no tenía la menor intención de vender, porque no lo necesita, una casa en la que prácticamente viví toda mi vida en San Salvador, una casa irreconocible por el muro de cemento que la rodea, un muro que nunca existió mientras yo viví allí, un muro que no es exclusivo de la casa de mi madre, Moya, porque el terror de esta gente hizo que cada quien convirtiera su casa en una fortaleza amurallada, un paisaje horrible el de esta ciudad de casas amuralladas, Moya, como si fuesen cuarteles, cada casa es un pequeño cuartel al igual que cada persona es un pequeño sargento, las equivalencias no engañan, Moya, la casa de mi madre es la mejor constatación con el enorme muro que la rodea, me dijo Vega. Mi hermano Ivo no podía creer lo que mi madre puso en el testamento, no podía creer tampoco que yo estuviera interesado en vender la casa amurallada lo antes

posible, ansioso por deshacerme de la casa amurallada sin ninguna dilación, Moya, no daba crédito al hecho de que mi único interés sea conseguir unos 45 mil dólares lo más rápidamente posible, ya que no tengo la menor intención de regresar a este país, por nada en el mundo volvería a poner un pie aquí, así se lo dije a mi hermano y al abogado, mi único propósito es vender esa casa amurallada de la colonia Miramonte para obtener un dinero que me permita vivir más cómodamente en Montreal y no tener que regresar jamás a esta asquerosidad de país, me dijo Vega. Mi hermano Ivo y yo somos las personas más distintas que podás imaginar, Moya, no nos parecemos absolutamente en nada, no tenemos ninguna cosa en común, nadie creería que somos hijos de la misma madre, somos tan distintos que nunca llegamos a ser amigos, apenas un par de conocidos que compartíamos padres, apellidos y la misma casa, me dijo Vega. Teníamos dieciocho años de no vernos, nunca nos escribimos, apenas intercambiamos saludos y lugares comunes una media docena de veces cuando mi madre me telefoneaba y él estaba con ella, Moya, nunca nos llamamos porque no teníamos nada que hablar, porque cada quien ha podido hacer su vida sin ni siquiera tener que recordar al otro, porque somos completamente extraños, somos las antípodas, la prueba fehaciente de que la sangre no significa nada, la sangre es un azar, algo perfectamente prescindible, me dijo Vega. Yo acabo de cumplir 38 años, Moya, tu misma edad, cuatro más que mi hermano, y si mi madre no hubiera muerto yo hubiese podido vivir toda mi vida sin volver a encontrarme con mi hermano Ivo, así las cosas, Moya, ni siquiera nos tenemos odio o rencor, simple y sencillamente somos dos planetas en distintas órbitas, no tenemos nada de qué hablar, nada que compartir, ningún gusto semejante, lo único que nos hace permanecer juntos es el hecho de haber heredado la casa de mi madre en la colonia Miramonte, nada más, me dijo Vega. Yo no puedo tener nada en común con un tipo que se dedica a hacer llaves, con un tipo que ha dedicado su vida a hacer copias de llaves, un tipo cuya única preocupación es que su negocio produzca cada vez más copias de llaves, Moya, alguien que hace girar su vida alrededor de un negocio llamado «El millón de llaves», alguien a quien sus amigos inevitablemente deben apodar «el llavero», un tipo cuyo universo y cuyas preocupaciones vitales no van más allá de las dimensiones

de una llave, me dijo Vega. Mi hermano es un energúmeno, Moya, me causa una verdadera lástima que alguien pueda vivir una vida como la que lleva mi hermano, me produce una tristeza profunda pensar en alguien que dedica su vida a hacer la mayor cantidad posible de copias de llaves, me dijo Vega. Mi hermano en realidad es peor que un energúmeno, Moya, es el típico negociante de clase media que a través de las llaves busca acumular cantidades de dinero para tener más autos, más casas y más mujeres; para mi hermano el mundo debería ser una inmensa cerrajería de la cual él fuera el único dueño, una inmensa cerrajería en la cual sólo se hablara de llaves, cerraduras, picaportes y llavines. Y no le va mal, Moya, al contrario, a mi hermano le va muy bien, cada vez vende más llaves, cada vez tiene más sucursales de «El millón de llaves», cada vez acumula más dinero gracias al negocio de las llaves, un verdadero éxito mi hermano, Moya, encontró su mina de oro, pues no creo que exista otro país donde la gente tenga tal obsesión por las llaves y las cerraduras, no creo que exista otro país donde la gente se encierre con tanta obsesión, por eso mi hermano tiene éxito, porque la gente necesita llaves y cerraduras a montones para las casas amuralladas en las que vive, me dijo Vega. Desde hace quince días no he tenido una conversación que valga la pena, Moya, desde hace quince días sólo me hablan de llaves, cerraduras y picaportes, sólo me hablan de los papeles que debo firmar para hacer posible la venta de la casa de mi madre, es horrible, Moya, no tengo absolutamente nada de qué hablar con mi hermano, ni un solo tópico mínimamente decente que podamos abordar con inteligencia, me dijo Vega. La principal preocupación intelectual de mi hermano es el fútbol, Moya, puede hablar horas y horas sobre equipos y jugadores del fútbol nacional, y en especial de sus favoritos, un equipo llamado Alianza, para mi hermano el Alianza es la máxima realización humana, no se pierde uno solo de sus partidos, sería capaz de cometer la peor iniquidad con tal de conseguir que el Alianza ganara cada uno de sus encuentros, me dijo Vega. El fanatismo de mi hermano por el Alianza alcanza tales niveles que hace pocos días se le ocurrió invitarme a que fuéramos al estadio, te podés imaginar, Moya, me invitó al estadio para apoyar al Alianza en su difícil partido contra su adversario de toda la vida, así me lo propuso, como si no supiera que yo detesto las aglomeraciones,

como si no supiera que las concentraciones humanas me producen una aflicción indescriptible. No hay nada que me resulte más detestable que los deportes, Moya, nada me parece más aburrido y estupidizante que los deportes, pero sobre todo el fútbol nacional, Moya, no entiendo cómo mi hermano puede dar la vida por veintidós subalimentados con sus facultades mentales restringidas que corren detrás de una pelota, sólo un tipo como mi hermano puede emocionarse hasta el infarto con los trompicones de veintidós subalimentados que corren tras una pelota haciendo gala de sus restringidas facultades mentales, sólo alguien como mi hermano puede tener como principales pasiones a la cerrajería y a un equipo de subalimentados y restringidos mentales que se hacen llamar Alianza, me dijo Vega. Al principio mi hermano creyó que podría convencerme de que no vendiéramos la casa de mi madre, que la mantuviéramos rentada, era lo mejor, según él, los bienes raíces se cotizan cada vez mejor, no tiene ningún sentido vender la casa de mi madre, me decía mi hermano; pero yo fui enfático desde un principio, no tuve ninguna duda de que la mejor decisión es vender la casa de mi madre, es lo que más me conviene, para no tener que regresar jamás a este país, para romper todos los vínculos con el país, con el pasado, con mi hermano y su familia, para no tener que saber nada más de ellos, por eso fui enfático desde un principio, contundente, no dejé siquiera que mi hermano desarrollara sus argumentos en contra de la venta de la casa, le dije que yo sólo quería mi mitad, si él me podía pagar los 45 mil dólares ahora mismo que se quedara con la casa, así le dije, Moya, me dijo Vega, porque le vi la intención de chantajearme con sentimentalismos imbéciles, con ideas propias de un tipo cuya vida se limita a las llaves y las cerraduras, sentimentalismos estúpidos como decir que la casa de mi madre representa el patrimonio familiar, como decir que en ella crecimos y que por lo mismo tiene que ver con lo mejor de nuestra juventud. No lo dejé continuar con semejantes sandeces, Moya, le dije que para mí la familia constituía una casualidad sin ninguna importancia, prueba de ello era que nosotros dos habíamos podido pasar dieciocho años sin tener ninguna comunicación, prueba de ello era que si no hubiese existido esa casa seguramente nunca nos hubiéramos vuelto a encontrar, así se lo dije, Moya, y le expliqué que yo quiero olvidar todo lo que tenga que ver con los años

de mi juventud pasados en este país, vividos en esa casa amurallada que ahora me urge vender, nada tan abominable como los años que pasé aquí, nada tan repulsivo como los primeros veinte años de mi vida, me dijo Vega. Fueron años en que únicamente cometí estupideces, Moya, años horribles que asocio con los hermanos maristas, con mi ansiedad por largarme de aquí, con el desasosiego que me causaba la eventualidad de tener que vivir en medio de esta podredumbre. Le pediré a Tolín que ponga una vez más ese disco compacto con el Concierto en Si Bemol Menor para piano y Orquesta de Tchaikovski, me dijo Vega, quiero escuchar una vez más ese concierto antes de que aparezca alguien con otra iniciativa, podría escuchar ese concierto de Tchaikovski una docena de veces sin aburrirme, sin cansarme, Moya, me encanta este sitio porque a esta hora casi nunca hay clientes que molesten y Tolín siempre satisface mis gustos musicales. Ahora yo sé que mi hermano hará todo lo posible por estafarme la mitad del dinero de la casa de mi madre que me corresponde, ahora que se ha dado cuenta que yo no estoy dispuesto a regresar a este país, mi hermano hará todo lo posible por estafarme mi dinero, estoy seguro, Moya, se le ve de lejos su alegría ante mi terminante decisión de no regresar al país, descubro en su expresión que está pensando en la mejor forma para dilatar al máximo la venta de la casa de mi madre, está pensando en la mejor forma de evitar enviarme el dinero que me corresponde por la venta de la casa de mi madre, al menos tratará de retrasar el envío de mi dinero durante unos seis meses para ganarle intereses en el banco, me dijo Vega. Pero enfrenta un solo problema, Moya, un solo y contundente problema: yo ya lo descubrí, así se lo dije a mi hermano, y le advertí al abogado que si intentan hacer cualquier chanchuyo yo no voy a regresar de Montreal, pero me gastaré los 45 mil dólares que me corresponden en hacerles la vida imposible, se enfrentarán con un ciudadano canadiense, que mejor se vayan con cuidado. Hubieras visto la cara que puso mi hermano, Moya, ofendidísimo, como si yo hubiese dudado de la virginidad de la señorita, me dijo Vega, como si esta raza no se caracterizara precisamente por su habilidad para el robo y la estafa. Mi hermano Ivo se puso a gritar que yo era un desagradecido, un desconsiderado, un tipo sin alma ni corazón, con escoria en la cabeza, y que como yo soy así pienso que todo el mundo es como yo; se puso a gritar en

el mismo bufete del abogado, esta mañana, que yo era un tipo que no merecía nada, que no entendía por qué mi madre decidió incluirme en el testamento cuando en mi vida jamás me he preocupado por lo que pasa con la familia. Así me gritaba, Moya, me dijo Vega. Y como yo ya estoy alterado de mis nervios luego de quince días en este país, luego de quince días en casa de mi hermano, luego de quince días de firmar documentos y visitar despachos, como ya estoy alterado de mis nervios le dije que no me importaba en absoluto lo que él opinaba de mí, que si algo me tiene realmente sin cuidado son sus opiniones sobre mí, que jamás me preocupará lo que opina un tipo que tiene la cabeza llena únicamente de llaves y cerraduras y que, además, intenta despojarme del dinero de la casa de mi madre, así se lo dije, Moya, pero le advertí que no se hiciera a la idea de que podría estafarme, que me tendría que pagar cada dólar que me corresponde por la venta de la casa de mi madre, me dijo Vega. Mi hermano es un verdadero asco, Moya, por eso decidí esta misma mañana largarme de su casa, decidí trasladarme al Hotel Terraza esta misma mañana, luego de salir del bufete del abogado me dirigí a la casa de mi hermano a recoger mis cosas para trasladarme al Hotel Terraza, es lo que debí haber hecho desde que vine a este país, no sé cómo se me pudo ocurrir aceptar el ofrecimiento de mi hermano de quedarme en su casa, con su mujer y sus dos hijos, no sé cómo se me pudo cruzar por la cabeza la idea de que aguantaría vivir un mes en la casa de semejantes sujetos, sólo en un estado de extrema perturbación pude aceptar la propuesta de quedarme en la casa de mi hermano, Moya, tomando en cuenta que he vivido solo los últimos dieciocho años de mi vida, tomando en cuenta que desde que logré escapar de este país y de la casa de mi madre siempre he vivido solo, me dijo Vega. Por suerte Clara, la mujer de mi hermano, no estaba en su casa cuando fui a recoger mis cosas, por suerte para ella, digo, Moya, porque debido a mi estado de alteración nerviosa le hubiera dicho que en realidad no tengo nada que agradecerle, que los quince días pasados en su casa han sido los peores quince días que recuerdo en mi vida, que nunca había estado inmerso en un ambiente tan miserable, tan estúpido, tan ajeno al espíritu, un ambiente que sólo sirvió para sumirme en un estado de extrema alteración nerviosa, me dijo Vega, un ambiente realmente grosero, el ambiente propio de una

familia de clase media en San Salvador, algo que no le deseo a nadie. La casa de mi hermano está ubicada en la colonia Escalón Norte, Moya, una colonia horrible comenzando por su nombre, una colonia para clase medieros arribistas que desearían vivir en la Escalón de a de veras pero a quienes no les alcanza el dinero para comprar una casa en la Escalón de a de veras, para ellos se inventaron la Escalón Norte, para los clase medieros arribistas como mi hermano que pronto alcanzará a ahorrar suficiente dinero como para comprarse una casa en la Escalón de a de veras y no en esa Escalón Norte que sólo tiene en común con la Escalón de a de veras el hecho de estar encaramada en una de las colinas del volcán, me dijo Vega. Horrible cómo ha crecido esta ciudad, Moya, ya se comió casi la mitad del volcán, ya se comió casi todas las zonas verdes que la circundaban, una tremenda vocación de termita tiene esta raza, se lo come todo, sólo necesitas salir unos kilómetros de San Salvador para darte cuenta que más pronto que tarde este país será una inmensa y mugrosa ciudad rodeada de zonas desérticas e igualmente inmundas, me dijo Vega, la ciudad en sí ya es una de las ciudades más inmundas y hostiles que podás encontrar, una ciudad diseñada para que vivan animales, no seres humanos, una ciudad que convirtió su centro histórico en una porquería porque como a nadie le interesa la historia pues el centro histórico es absolutamente prescindible y ha sido convertido en una porquería, realmente una ciudad de porquería, un asco de ciudad, dirigida por tipos obtusos y ladrones cuya única preocupación es destruir cualquier arquitectura que mínimamente recuerde el pasado para construir gasolineras Esso y hamburgueserías y pizzerías. Tremendo, Moya, me dijo Vega, San Salvador es una versión grotesca, enana y estúpida de Los Ángeles, poblada por gente estúpida que sólo quiere parecerse a los estúpidos que pueblan Los Ángeles, una ciudad que te demuestra la hipocresía congénita de esta raza, la hipocresía que los lleva a desear en lo más íntimo de su alma convenirse en gringos, lo que más desean es convenirse en gringos, te lo juro, Moya, pero no aceptan que su más preciado deseo es convertirse en gringos, porque son hipócritas, y son capaces de matarte si criticas su asquerosa cerveza Pílsener, sus asquerosas pupusas, su asqueroso San Salvador, su asqueroso país, Moya, son capaces de matarte sin parpadear, aunque a ellos no les interese en absoluto y por

eso destruyen su ciudad y su país con un entusiasmo enfermizo. Me dan un verdadero asco, Moya. No soporto esta ciudad, te lo aseguro, me dijo Vega, tiene todas las miserias y cochinadas de las grandes ciudades y ninguna de sus virtudes, tiene todo lo negativo de las grandes ciudades y ni uno solo de los elementos positivos, una ciudad en la que si no tenes carro estás frito, porque el transporte público es la cosa más increíble que ser alguno pueda imaginar, los autobuses están diseñados para transportar ganado no seres humanos, la gente es tratada como si fuera animal y nadie protesta, la cotidianidad es ser tratado como si uno fuera animal, la única manera de viajar en autobús es acostumbrándose a ser tratado cotidianamente como si uno fuera animal. Increíble, Moya, los conductores de esos autobuses seguramente han sido criminales patológicos desde su primera edad, se trata de criminales a sueldo convertidos en conductores de autobuses, me dijo Vega, se trata de tipos que sin ninguna duda fueron torturadores o masacradores durante la guerra civil y que ahora han sido reciclados como conductores de autobuses, desde el mismo momento en que uno logra entrar al autobús se da cuenta que ha puesto su vida en manos de un criminal que conduce a la mayor velocidad posible, que no respeta altos, ni semáforos en rojo, ni ninguna clase de señal reguladora de tránsito, de un energúmeno cuyo único propósito es acabar con el mayor número de vidas en el menor tiempo posible, me dijo Vega. Es una experiencia aterradora, Moya, una experiencia no apta para cardiacos, nadie en su sano juicio podría viajar diariamente en autobús en esta ciudad, se necesita una permanente y sádica degradación del espíritu para poder viajar diariamente en autobús, se necesita una abyecta domesticación del alma para tolerar diariamente a esos criminales reciclados en conductores de autobús, te lo juro, Moya, por experiencia propia, yo realicé dos viajes en autobús, recién llegado a esta ciudad, y me bastó para comprender que semejante experiencia destrozaría mis nervios en un santiamén, me bastó para comprender el nivel de degradación a que es sometida cotidianamente la mayoría de la población de esta ciudad a manos de los criminales reciclados en conductores de autobuses, me dijo Vega. Vos, Moya, como tenes carro no sabés de lo que estoy hablando, seguramente nunca has tenido necesidad de viajar en un autobús, seguramente ni se te ocurriría subirte a un autobús, aun cuando tu

carro esté averiado nunca se te ocurriría subirte a un autobús, preferirías pagar un taxi o le pedirías a algún amigo que te conduzca al lugar que querés ir. La gente en esta ciudad se divide entre los que tienen carro y los que viajan en autobús, ésta es la división más tajante, más radical, me dijo Vega, no importa tanto tu nivel de ingresos o la zona donde vivís, lo que importa es si tenes carro o viajás en autobús, Moya, una verdadera infamia. Por suerte ahora que estoy en el Hotel Terraza ya no tendré que tratar más a mi hermano, ni a su mujer, Clara, ni a sus vástagos, esos niños que no hacen otra cosa que ver televisión, es realmente increíble, Moya, una pareja de niños que sólo pasa frente al televisor, porque te quiero aclarar que mi hermano tiene tres televisores en su casa, aunque no lo creas, tres televisores que muchas veces están encendidos al mismo tiempo y en distinto canal, un verdadero infierno ese lugar, Moya, doy gracias de haberme largado esta mañana de esa casa de locos que sólo pasan viendo televisión: un aparato, el que más me mortificaba, está en la sala comedor, frente a la mesa, para que uno no tenga manera de evitarlo a la hora de tomar los alimentos; el otro aparato está en el cuarto de los niños y el más grande, el de la pantalla gigantesca y con video casetera, en la habitación matrimonial. Horrible, Moya, espeluznante si la miras de cerca: una familia que en sus ratos libres en casa no hace otra cosa que ver televisión, me dijo Vega, no existe un solo libro, mi hermano no tiene un solo libro en su casa, ni la reproducción de alguna pintura, ni siquiera un disco de música seria, nada que tenga que ver con el arte o el buen gusto puede ser encontrado en esa casa, nada que tenga que ver con el cultivo del espíritu puede ser encontrado en ese lugar, nada que tenga que ver con el desarrollo de la inteligencia, es increíble, de las paredes únicamente cuelgan diplomas y estúpidas fotos familiares, y en las repisas de los libreros, en vez de libros, sólo hay de esos adornitos imbéciles que se consiguen en cualquier venta de bisutería, me dijo Vega. Realmente no sé cómo pude aguantar quince días en ese sitio, Moya, no entiendo cómo pude pernoctar quince noches seguidas en una casa donde suenan tres televisores simultáneamente, donde no existe un solo disco de música mínimamente decente, ya no digamos clásica, sino mínimamente decente, es abominable el gusto musical de esa pareja de seres humanos, es abominable su total ausencia de gusto en todo

lo que tenga que ver con el arte y las manifestaciones del espíritu, me dijo Vega, sólo escuchan una música asquerosa, cursi, sentimentaloide, interpretada por baladistas que desafinan de principio a fin. Y todavía mi hermano tuvo la desfachatez de preguntarme por qué no me regresaba a vivir a este país, increíble, Moya, a mi hermano se le ocurrió en algún momento la posibilidad de que yo pudiera regresar a vivir a este país. Casi me vomito, Moya, casi vomito del asco cuando me dijo que ya que yo soy profesor de historia del arte, y dado que en este país en ningún lugar se enseña historia del arte, entonces quizás yo tendría muchísimas oportunidades, así me dijo, Moya, y hablaba en serio, me dijo que si yo me quedaba en San Salvador probablemente me convertiría en un profesor cotizadísimo porque no tendría ninguna competencia en la enseñanza de la historia del arte, todas las plazas serían para mí, las universidades me disputarían por ser el principal profesor de historia del arte, y tal vez en pocos meses lograría montar mi propia academia de historia del arte y que, por qué no, en poco tiempo podría fundar mi propia universidad, especializada en arte. Así me lo dijo, Moya, sin reírse, te aseguro que no se estaba burlando de mí, hablaba en serio, hasta lamentó que en el negocio de las llaves y la cerrajería ya hubiera tanta competencia, a diferencia de la historia del arte, donde yo tendría todo el camino despejado para mi solito. Por suerte ya me fui de esa casa, Moya, siento que me he quitado un peso de encima, no sabés lo bien que me siento al no tener que platicar más con mi hermano y su mujer, no sabés la alegría de no tener que platicar con los amigos de mi hermano y su mujer, porque te quiero decir que mi hermano y su mujer no son ninguna excepción, Moya, la imbecilidad no es un atributo exclusivo de ellos, algunos de sus amigos incluso son peores, te lo puedo asegurar, como ese ginecólogo a quien al parecer se le ocurrió la brillante idea de que yo me proponga fundar una universidad de arte, un ginecólogo que evidentemente ya tiene su propia universidad donde no se enseña ginecología sino que administración de empresas y otras carreras similares, un ginecólogo en manos del cual no me gustaría estar si yo fuera mujer, me dijo Vega. Los médicos son la gente más corrompida que me he encontrado en este país, Moya, los médicos son personas tan corruptas que uno no puede sentir más que indignación y asco, en ningún otro país los médicos

son tan corruptos, tan capaces de matarte con tal de arrebatarte la mayor cantidad de dinero posible, Moya, los médicos de este país son los tipos más amorales que puedan existir, te lo digo por experiencia propia, no hay seres más deleznables y vomitivos que los médicos de este país, nunca he visto sujetos tan salvajes y tan voraces como los médicos de aquí, me dijo Vega. Fui hace una semana a pasar consulta, a que me recetaran algo para la colitis nerviosa que se me había agudizado con la muerte de mi madre, con la estadía en este país, con la permanencia en casa de mi hermano, una colitis que me acompaña desde que tengo memoria, Moya, pero que se me agudiza cuando tengo que enfrentar situaciones desagradables, una colitis para la cual sólo necesitaba un medicamento, pero el médico supuso que había encontrado la minita de oro de ese día, los ojos le brillaron como no te imaginas, Moya, la codicia más desenfrenada estaba ahí en sus ojos, no podía ocultar el entusiasmo que le producía el hecho de haber encontrado a un ingenuo al cual esquilmar de la manera más inmisericorde, increíble, la abyección encarnada en un médico con bata y manos recién lavadas. Me pidió que me hiciera miles de exámenes, puso cara de compunción, como si yo hubiera estado gravísimo, a punto de sufrir una peritonitis, lo mencionó, sin el menor recato, en medio de su terminología impostada dijo que probablemente si los exámenes resultaban positivos tendría que considerar la posibilidad de una intervención quirúrgica, así me dijo, Moya. Podrás imaginar que no volví a aparecer por ese consultorio, me dijo Vega, que me limité a tomar una dosis más fuerte del medicamento de siempre. Por eso te digo que quién sabe qué tipo de ginecólogo habrá sido ese amigo de mi hermano, quién sabe a cuántas mujeres desgració, cuántos niños murieron a causa de su imbecilidad, tuvo que haber sido una miseria de ginecólogo para que se le ocurriera fundar una universidad en vez de trabajar en su consultorio, me dijo Vega, aunque todo parece indicar que en este país fundar una universidad es tan fácil como abrir un consultorio, no creo que exista ningún país en que haya tantas universidades privadas como en éste, la mayor cantidad de universidades privadas por kilómetro cuadrado, la mayor cantidad de universidades privadas por habitante, es increíble, Moya, tan sólo aquí en San Salvador hay más de cuarenta universidades privadas, te podés imaginar, una ciudad de apenas un millón y medio de habitantes

cuenta con casi cincuenta universidades privadas, una verdadera aberración, porque casi todas esas universidades privadas no son más que negocios para estafar incautos, la negación misma del conocimiento, prueba de ello es que en ningún país la educación superior está tan destrozada, con un nivel tan bajo como en éste, me dijo Vega. A más universidades privadas mayor la imbecilidad y la perfidia de los tipos que ahí se gradúan: ésa es la regla, Moya, la evidencia puntual de que a nadie le interesa el conocimiento en este país, a la gente sólo le interesa tener un título, lograr su titulito es la meta, sacar un titulito de administradores de empresas que les permita conseguir un empleo, aunque no aprendan nada, porque no les interesa aprender nada, porque no hay quien les enseñe nada, porque los profesores son unos gatos muertos de hambre a los que también les interesa únicamente tener un titulito para poder dar clases a otra partida de gatos que anhela su titulito, una verdadera calamidad, Moya, me dijo Vega. Y lo más calamitoso de todo, lo que resulta una ignominia descomunal, es el estado de la Universidad de El Salvador, la autónoma, la única mantenida por el Estado, la supuestamente rectora de la educación superior en el país, la más antigua y alguna vez (hace varias décadas) prestigiosa. No lo podía creer, Moya, esa mañana en que decidí visitar el campus de la Universidad de El Salvador, no podía creer semejante ignominia, parece un campo de refugiados africanos: los edificios desmoronándose, un montón de construcciones de madera hacinadas y apestosas, defecaciones en los pasillos de los pocos edificios en pie, defecaciones humanas en los pasillos de la Universidad de El Salvador, un ambiente fétido y asqueroso en los pasillos de la principal universidad del país a causa de las defecaciones humanas que uno debe cuidadosamente evitar cuando los recorre. Una universidad con una biblioteca más propia de una escuela parvularia de un barrio periférico de cualquier ciudad decente, una universidad con una librería en la que sólo se encuentran manuales soviéticos, una universidad en la que las pocas humanidades y ciencias sociales que aún se enseñan son impartidas a partir de manuales soviéticos. No lo podía creer, Moya, esa universidad es una defecación, la Universidad de El Salvador no es otra cosa que una defecación expelida por el recto de los militares y los comunistas, los militares y los comunistas se aliaron en su guerra para

convertir la Universidad de El Salvador en una defecación, los militares con sus intervenciones criminales y los comunistas con su estupidez congénita se confabularon para convertir al más antiguo centro de estudios del país en una defecación fétida y asquerosa, me dijo Vega. Mi hermano tiene que ser un imbécil de marca mayor para considerar que yo podría estar dispuesto a dejar mi cátedra de historia del arte en la Universidad de McGill para venir a dar clases a unos corruptos antros parvularios que se autodenominan universidades o a una defecación mantenida con presupuesto del Estado, mi hermano tiene que ser un imbécil supino si pensó que yo estaría dispuesto a dejar mi cátedra para venir a enseñar a una manada de reses interesadas únicamente en sacar su titulito de administradores de empresas. Hay que estar loco, definitivamente, como vos, Moya, para creer que se puede cambiar algo en este país, para creer que vale la pena cambiar algo, para creer que a la gente le interesa cambiar algo, me dijo Vega, ni siquiera once años de guerra civil sirvieron para cambiar algo, once años de matanza y quedaron los mismos ricos, los mismos políticos, el mismo pueblo jodido y la misma imbecilidad permeando el ambiente. Todo es una alucinación, Moya, entendelo, la gente que piensa por cuenta propia, la gente interesada en el conocimiento, la gente dedicada a las ciencias y las artes, debe largarse lo más rápidamente de este país: aquí te vas a pudrir, Moya, no sé qué has regresado a hacer, esa tu idea de fundar un periódico de nuevo tipo es una verdadera ingenuidad, una estupidez de cerebros calenturientos como el tuyo que se niegan a ver la realidad. Esta raza está peleada con el conocimiento y con la curiosidad intelectual, estoy completamente seguro, Moya, este país está fuera del tiempo y del mundo, sólo existió cuando hubo carnicería, sólo existió gracias a los miles de asesinados, gracias a la capacidad criminal de los militares y los comunistas, fuera de esa capacidad criminal no tiene ninguna posibilidad de existencia, me dijo Vega. Los periódicos son precisamente la mejor muestra de la miseria intelectual y espiritual de este pueblo, Moya, basta hojear los dos diarios de la mañana para entender en qué país estamos, para entender la miseria intelectual y espiritual de quienes hacen esos periódicos y de quienes compran esos periódicos, para comprender que son periódicos que no están hechos para ser leídos sino para ser hojeados, porque a nadie le interesa leer en este país

y porque en los periódicos no hay gente que sea capaz de escribir artículos para ser leídos, en realidad no se trata de periódicos en el sentido estricto de la palabra, ninguna persona con una instrucción mínima llamaría periódicos a esos catálogos de ofertas, a esos muestrarios de anuncios, por eso te digo que la gente no compra los periódicos para leerlos sino para hojear los anuncios, para estar al tanto de las mejores ofertas, es lo único que a la gente le interesa de los periódicos, los anuncios y las ofertas, es para lo único que sirven, para estar al tanto de los anuncios y las ofertas, me dijo Vega. Y nunca he visto editorialistas tan fanáticos, editorialistas tan rabiosos y obtusos, con tal miseria intelectual y espiritual como los de estos periódicos: esta misma mañana uno de ellos escribió que el presidente Bill Clinton es comunista, que el secretario general de la ONU es comunista, que la ONU en realidad es un organismo controlado tras bambalinas por los comunistas. No importa que desde hace cuatro años los comunistas vayan en estampida, no importa que se trate del presidente de los Estados Unidos, para el editorialista de ese mugroso catálogo de ofertas el tiempo no ha transcurrido y el mundo no va más allá de sus obsesiones patológicas, me dijo Vega. Un verdadero asco de periódicos, si lo pensás bien, Moya, pero a la gente le gustan, este pueblo es tan bruto y abyecto que ése es el tipo de periódicos que le gustan, no hay nada que hacer, Moya, por eso más te vale no meterte a redentor, más te vale no pensar que podés cambiar los gustos de esta gente a través de un periódico para ser leído, te aseguro que nadie lo comprará, te aseguro que a nadie le interesará un periódico para ser leído, sería la cosa más extraña en este país la existencia de un periódico para ser leído, lo único que aquí interesa son los anuncios y las ofertas, me dijo Vega. Por suerte yo sólo estaré una semana más en esta mugre y puedo evitar alterarme los nervios con esos rabiosos catálogos de ofertas que aquí llaman periódicos, por suerte ya no tengo que soportar a mi hermano y su familia, Moya, por suerte ahora puedo encerrarme en el hotel a leer mis libros, a esperar las llamadas del abogado para firmar los últimos documentos requeridos para la venta de la casa de mi madre. No te imaginas el alivio que siento al saber que hoy pasaré la noche en mi cuarto de hotel, Moya, me dijo Vega, siento un enorme alivio al saber que la semana que me queda en este lugar la podré pasar encerrado en mi

habitación, con el aire acondicionado, sin tener que acompañar a mi hermano y a su mujer a todos esos horribles paseos a los que me obligaron a ir, a todos esos horribles lugares que supuestamente los salvadoreños que regresan al país quieren visitar con ansiedad, a esos lugares que llaman «típicos» y que teóricamente yo tendría que haber extrañado durante mis dieciocho años en el extranjero, como si yo alguna vez hubiese sentido nostalgia por algo relacionado con este país, como si este país tuviera algo valioso por lo que una persona como yo pudiera sentir nostalgia. Una estupidez, Moya, una tremenda estupidez, me dijo Vega, pero ellos no me creyeron cuando les dije que nada de aquello me interesaba, ellos pensaron que yo bromeaba cuando les repetía que no había tenido nostalgia de nada, y se las ingeniaron para llevarme a comer pupusas al Parque Balboa, ni más ni menos que a comer esas horribles tortillas grasosas rellenas de chicharrón que la gente llama pupusas, como si esas pupusas me produjeran a mí algo más que diarrea, como si yo pudiera disfrutar semejante comida grasosa y diarreica, como si a mí me gustara tener en la boca ese sabor verdaderamente asqueroso que tienen las pupusas, Moya, nada más grasoso y dañino que las pupusas, nada más sucio y perjudicial para el estómago que las pupusas, me dijo Vega. Sólo el hambre y la estupidez congénitas pueden explicar que a estos seres humanos les guste comer con semejante fruición algo tan repugnante como las pupusas, sólo el hambre y la ignorancia pueden explicar que estos sujetos consideren a las pupusas como su plato nacional, Moya, escúchame bien, nunca se te vaya a ocurrir criticar las pupusas, nunca se te vaya a ocurrir decir que se trata de una comida repugnante y dañina, te pueden matar, Moya, debes tomar en cuenta que decenas de miles de salvadoreños viven en Estados Unidos soñando con sus repugnantes pupusas, deseando tan ardientemente comer sus diarreicas pupusas que hasta cadenas de pupuserías existen en Los Ángeles, me dijo Vega, y jamás olvides que los cinco millones de salvadoreños que permanecen en El Salvador cenan religiosamente los domingos por la tarde su plato de repugnantes pupusas, esas tortillas grasosas rellenas de chicharrón, esa cochina fritanga que les sirve como hostia para su comunión vespertina. El hecho de que las pupusas sean el plato nacional de El Salvador demuestra que esta gente hasta el paladar tiene obtuso, Moya, sólo

quien tenga el paladar atrofiado puede considerar que esas repugnantes tortillas grasosas rellenas de chicharrón sean algo comestible, me dijo Vega, y como yo tengo mi paladar sano me negué terminantemente a comer esas cochinadas, me negué de una manera tal que mi hermano de pronto comprendió que yo no estaba bromeando y que no iba a comer esas repugnantes pupusas, y quizás ése fue el primer altercado que tuvimos, porque en el mismo Parque Balboa comenzó a reprocharme mi ingratitud y lo que él llamó mi falta de patriotismo. Te podés imaginar, Moya, como si yo considerara el patriotismo un valor, como si no estuviera completamente seguro que el patriotismo es otra de esas estupideces inventadas por los políticos, en fin, como si el patriotismo tuviera que ver con esas repugnantes tortillas grasosas rellenas de chicharrón que de haberlas comido hubieran destrozado mi intestino, hubieran agudizado aún más mi colitis nerviosa, me dijo Vega. Así fueron los paseos con mi hermano y su familia, Moya, una verdadera pesadilla, una manera expedita de agudizar mi colitis nerviosa, un método eficaz para alterar mis nervios, nada más destructivo para mi equilibrio emocional que esos paseos con mi hermano y su familia, especialmente porque los hijos de mi hermano tienen todas las características necesarias para acabar con mi tranquilidad, son una parejita de niños capaces de sacarme de quicio con su solo recuerdo, una parejita de niños particularmente estúpidos y perniciosos debido a que no hacen otra cosa que ver la televisión, unos niños que no tienen en la cabeza otra cosa más que las series de televisión que ven todos los días a toda hora, unos niños para los que la vida no es más que una serie de televisión, verdaderamente horrible, Moya, no sé cómo los toleré tanto tiempo sin perder los estribos, no sé cómo hice para soportar durante quince días a esos niños estúpidos y perniciosos que alteraban mi ánimo desde el mismo momento en que me llamaban «tío», me dijo Vega. Ningún ser vivo me resulta más intolerable que los niños, Moya, nada me resulta más insoportable que permanecer con niños, por eso a mí jamás se me ocurriría vivir en un sitio donde hubiera niños, me dijo Vega, sólo el extremo estado de alteración nerviosa que me produjo el regreso a este país puede explicar que yo haya aceptado la invitación de mi hermano a vivir en su casa durante mi mes de estadía a sabiendas de que mi hermano tiene dos hijos de nueve y

de siete años, dos niños que me resultan más irritantes que cuanto niño he conocido en mi vida, porque para los hijos de mi hermano yo no soy tan sólo un adulto cualquiera, para los hijos de mi hermano soy el «tío Edi», haceme el favor, Moya, los hijos de mi hermano me llaman «tío Edi», no ha habido manera de que esos irritantes niños estúpidos y perniciosos dejen de llamarme «tío Edi», de nada ha servido que yo les haya repetido una y otra vez que mi nombre es Edgardo, que ellos deben llamarme Edgardo porque éste es mi nombre, de nada ha servido que yo no les haga caso, que me haga el desentendido cuando esos niños me llaman «tío Edi», nunca entenderán que mi nombre es Edgardo, el hecho de que yo me llame Edgardo y no «tío Edi» está fuera del alcance de sus cabecitas estúpidas y perniciosas que únicamente entienden el lenguaje de las series de televisión, me dijo Vega. Jamás en mi vida adulta alguien me había llamado Edi, mucho menos «tío Edi», Moya, si algo detesto con intensidad es esa pérfida costumbre de los diminutivos, sólo los seres viles e imbéciles pueden llamarlo a uno con un diminutivo, sólo un ser vil e imbécil podría llamarme Edi en vez de Edgardo, así se lo dije a mi madre, hace muchísimos años, cuando yo recién salía de la adolescencia, cuando recién terminaba mi calvario en ese colegio de hermanos maristas donde te conocí, me dijo Vega, y a mi madre le costó un mundo dejar de llamarme Edi, mi madre entendió que mi nombre era Edgardo hasta que me fui a Montreal y pasé dos años sin dirigirle la palabra, sin tener ninguna comunicación con ella. Esta es la verdad, Moya: la estupidez sólo puede cortarse de tajo, la estupidez humana no entiende de medias tintas, me dijo Vega, por eso ahora estoy contento porque no tendré que ver ni escuchar más a los hijos de mi hermano, me relaja el hecho de saber que no tendré que escuchar otra vez a esos irritantes niños llamándome «tío Edi», no tendré que responder a sus necias preguntas sobre esas series de televisión estúpidas y perniciosas que constituyen su único alimento espiritual, ni tendré tampoco que acompañarlos a esos paseos que únicamente sirvieron para irritar mis nervios, me dijo Vega. El peor de todos los paseos, Moya, el más infame de esos paseos, el que me destrozó casi completamente, el que me dejó con los nervios hechos polvo, fue la nefasta idea de mi hermano de llevarme al puerto, su nefasta ocurrencia de que fuéramos al mar, a comer mariscos y a bañarnos, junto

con su esposa y los dos perniciosos infantes, porque se supone que un salvadoreño recién llegado luego de muchos años en el extranjero lo que más anhela es viajar a la playa, aprovechar que el puerto está apenas a treinta kilómetros de San Salvador, mi hermano imaginaba, pues, que yo venía con el rebosante deseo de viajar al puerto, me dijo Vega. Un puerto asqueroso, Moya, un puerto que se llama «La Libertad» en un país como éste sólo puede ser producto de una mente pérfida, llamar «La Libertad» a un puerto inservible y abandonado es más que una broma, llamar «La Libertad» a un muelle destartalado a punto de derrumbarse dentro de las aguas muestra claramente el concepto de libertad que tiene esta gente, Moya, es un puerto deprimente, un lugar realmente horrible, así se lo dije a mi hermano, que yo no entendía cómo él podía considerar una diversión la visita a un lugar tan deprimente, un lugar en el que hace un calor embrutecedor, donde el sol golpea con saña embrutecedora, donde los habitantes tienen la típica expresión de quien ha sido embrutecido por el calor y por el sol desde siempre, me dijo Vega. Mi hermano insistió en que nos quedáramos en un restaurante de nombre Punta Roca, ubicado frente a la playa, a unos quinientos metros del muelle destartalado, un restaurante cuyo atractivo es la inmediatez de la playa y la vista hacia el mar y hacia el muelle destartalado, un restaurante que toleré sólo porque me protegía del sol embrutecedor y dejaba correr una brisa que apenas hacía mella en aquel compacto calor embrutecedor, me dijo Vega. Y una vez instalados en ese restaurante, Moya, con los perniciosos niños fastidiando a cual más, mi hermano me invitó a comer un cóctel de conchas, me dijo que no había nada más placentero para aquel que regresa al país que saborear un cóctel de conchas en la playa y con una Pílsener bien helada, así me dijo, Moya, como si yo no le hubiera advertido que esa asquerosa cerveza me produce diarrea, como si no le hubiera dicho que yo no tenía ningún deseo de comer un cóctel de conchas, por la simple y sencilla razón de que las conchas me producen asco, no hay cosa más repugnante que esos mariscos retorciéndose bajo el jugo de limón. Me parece inconcebible que alguien pueda comer semejante asquerosidad, Moya, una sola vez probé esos bichos hace más de veinte años, una sola vez bastó para constatar que esos inmundos bichos saben a excremento, nada hay más parecido a comer

excremento que comer conchas, el sabor de las conchas únicamente puedo asociarlo con el sabor de los excrementos, algo nauseabundo, Moya, un acto verdaderamente nauseabundo que sólo puede ocurrírsele a la gente embrutecida por el sol y el calor de la costa, así se lo dije a mi hermano, que yo no tenía el menor interés de comer algo tan nauseabundo como un cóctel de conchas, que por nada del mundo estaba dispuesto a meterme a la boca unos bichos vivos con sabor a excremento, me dijo Vega. Mi hermano se molestó, Moya, en especial porque le dije que las conchas me parecían aún más nauseabundas que las pupusas, que el hecho de que las conchas y las pupusas fueran los principales platillos típicos del país sólo venía a confirmar mi idea de que aquí la gente tiene el paladar atrofiado. No te imaginas como sufrí en ese paseo, Moya, no te imaginas el grado de desesperación a que me llevó el bochorno embrutecedor de ese sol y ese calor, ni te imaginas el nivel de irritación nerviosa que alcancé en ese puerto bajo el ataque embrutecedor de ese sol y ese calor, ni la agitación que sufrí en ese restaurante bajo el acoso de esos infantes perniciosos y la presencia de mi hermano masticando esas conchas nauseabundas con sabor a excremento y la vista del muelle destartalado allá en el fondo, me dijo Vega. Lo peor fue cuando mi hermano me propuso que fuéramos a echarnos un chapuzón, así lo dijo, que fuéramos a echarnos un chapuzón ahora que la marea estaba a la baja, que meterme al mar me reanimaría, el remezón de las olas me haría bien, nada más saludable que un baño de mar bajo el sol, él me prestaría un traje de baño, que me animara, así dijo. Increíble, Moya, mi hermano pensaba que yo sería capaz de hacer el ridículo de esa manera, me dijo Vega, que yo sentiría placer de salir casi desnudo bajo ese sol embrutecedor a embadurnarme de arena sucia y agua salada, que yo tendría algún entusiasmo de irme a revolcar entre las olas y la arena mugrosa. Nunca he visto playas más horribles que las de este país, Moya, nunca he visto arena más mugrosa que la de estas playas, y el puerto «La Libertad» sin ninguna duda tiene las playas más abominables con una arena tan mugrosa que se necesita la mayor desfachatez para revolcarse en ella, sólo tipos con la mayor desfachatez pueden sentir algún placer al revolcarse en la mugrosa arena de esas abominables playas, así se lo dije a mi hermano, que por nada del mundo yo saldría a embrutecerme bajo ese sol, a quedar

untado de arena mugrosa, a quedar pegajoso por la maloliente agua de esa abominable playa, me dijo Vega. Ahora me siento tranquilo porque no tendré ni uno más de esos paseos, Moya, mi hermano no volverá a tener la osadía de invitarme a pasear, de invitarme a recorrer esos lugares que los salvadoreños que viven en el extranjero añoran con un sentimiento que sólo revela su estupidez congénita, aunque a decir verdad la principal instigadora de esos paseos fue la mujer de mi hermano, Clara, de la que no te he hablado, Moya, nada más repulsivo que describir a ese ser humano, primera vez que encuentro a un ser de semejante naturaleza, un engendro cuyo universo intelectual se limita a las páginas sociales de los periódicos y a las telenovelas mexicanas, una exempleadita de una cadena de tiendas de ropa que quién sabe cómo pescó al energúmeno de mi hermano para fundar esa cosa espantosa que llaman hogar, me dijo Vega. No lo creerías, Moya, cómo ese engendro se la pasa hurgando en las páginas sociales de los periódicos, ese engendro se pasa todas las mañanas de todos los días revisando minuciosamente y con la mayor emoción las páginas sociales de los periódicos, ése es su principal entretenimiento, lo único que le da sentido a su vida: saber de los tés, de los cumpleaños y aniversarios, de los compromisos y matrimonios, de los nacimientos y decesos de personas a quienes nunca ha conocido y nunca conocerá, porque ella fue apenas una empleadita de una cadena de tiendas de ropa que encontró a un energúmeno dedicado a las llaves y las cerraduras, me dijo Vega. Es increíble, Moya, esa exempleadita sólo pasa hablando sobre los eventos de la gente de sociedad, se sabe todas y cada una de las andanzas de la gente de sociedad, goza apasionadamente con el acontecer de la gente de sociedad a través de su minuciosa y memoriosa lectura de las páginas sociales de los periódicos. Nunca había visto un engendro de esa naturaleza, Moya, te lo juro, jamás imaginé que me encontraría con alguien cuya máxima aspiración es aparecer en las páginas sociales de los periódicos, jamás imaginé a alguien que me llamara «cuñado» y en seguida quisiera relatarme los últimos chismes de la gente de sociedad conocidos a través de las páginas sociales de los periódicos, me dijo Vega. Un engendro vomitivo, Moya, una exempleadita que difícilmente aparecerá alguna vez en las páginas sociales de los periódicos y que indudablemente nunca conocerá a la gente de

sociedad sobre la que a diario lee con tanta excitación en las páginas sociales de los periódicos, porque a la gente de sociedad no le interesa conocer a una exempleadita arribista, a un engendro que se pasa la mañana con la cabeza llena de rulos, el televisor encendido y su atención puesta en los chismes sobre la gente de sociedad publicados en las páginas sociales de los periódicos, me dijo Vega. Tendrías que verla, Moya, con la cabeza llena de rulos, el televisor a todo volumen y ella hurgando enfebrecidamente en las páginas sociales de los periódicos, un espectáculo grotesco, una aberración realmente vomitiva, me dijo Vega. Y en las tardes es peor: se sienta frente al televisor a ver esas despreciables telenovelas mexicanas, toda la tarde frente al televisor emocionada por esas despreciables y estupidizantes telenovelas mexicanas, mientras simultáneamente parlotea por el teléfono con sus amigas sobre los chismes de la gente de sociedad que ha leído en las páginas sociales de los periódicos y sobre las telenovelas mexicanas con las que en ese momento se intoxica, vive parloteando por teléfono con amigas que seguramente son o han sido empleaditas de una cadena de almacenes de ropa y que sueñan con aparecer en las páginas sociales de los periódicos y con conocer a la gente de bien cuyos chismes leen cotidianamente, empleaditas o exempleaditas de almacenes de ropa que viven como si la vida fuese una telenovela mexicana y como si ellas fuesen esas actrices frívolas y estúpidas que protagonizan las despreciables telenovelas mexicanas, me dijo Vega. Un caso la esposa de mi hermano, Moya, un caso precisamente de telenovela mexicana, un engendro que me hace sorprenderme de la capacidad de resistencia que me permitió pernoctar durante quince días en esa casa, una proeza de mi parte, aunque haya sido a costa de mi salud, aunque me haya costado la agudización de mi colitis y la alteración de mi sistema nervioso, una verdadera proeza de mi parte. Pero pedí otro *whisky*, Moya, me propuso Vega, no te detengás por mí, yo sólo puedo beber dos copas, ni una más, culpa de mi colitis; esto hago, Moya: bebo dos whiskis y luego me quedo con pura agua mineral, porque aunque sé que sólo puedo beber dos copas, que no puedo tomar ni una más a causa de mi colitis nerviosa, me las bebo apresuradamente, como he hecho hoy, todos los días es lo mismo, no puedo evitarlo, tomo mi par de whiskis rápidamente aunque después me quede bebiendo pura agua mineral, me dijo

Vega, porque al final de cuentas lo que más disfruto es pasar tranquilo un par de horas, sin esos borrachos fastidiosos de las cervecerías donde venden esa execrable y diarreica cerveza, disfruto escuchando la música que me gusta, gracias a que Tolín puede satisfacer mis peticiones a esta hora cuando casi nunca hay más clientes. Disfruto el atardecer, me encanta paladear el atardecer en este patio, es lo único que me tranquiliza, lo único que me relaja en esta ciudad hecha especialmente para irritar mis nervios; en este patio me refresco, Moya, bajo estos árboles de mango y aguacate me refugio del bochorno de esta ciudad. Este ha sido mi oasis para huir de la absurda agitación de esta mugrosa ciudad y de la estupidez de mi hermano y su engendro de telenovela mexicana y sus infantes perniciosos. Tengo la suerte de que ahora podré pasar encerrado en mi habitación del hotel leyendo los libros que traje de Montreal, me dijo Vega, tuve la previsión de traer conmigo suficientes libros como para evitar sumirme en la más profunda desesperación, preví que en este país no encontraría nada para alimentar mi espíritu: ni libros, ni exposiciones, ni obras de teatro, ni películas, absolutamente nada para alimentar mi espíritu, Moya, aquí confunden la chabacanería con el arte, confunden la estupidez y la ignorancia con el arte, no creo que exista un pueblo más reñido con el arte y las manifestaciones del espíritu que éste, tan sólo necesitas permanecer en este bar hasta después de las ocho de la noche, cuando inician los llamados «espectáculos artísticos», para constatar que aquí confunden el arte con el remedo. No creo que exista otro pueblo con las energías creativas tan atrofiadas para todo lo que tenga que ver con el arte y las manifestaciones del espíritu, me dijo Vega. El primer día que vine a este bar me quedé hasta tarde en la noche, Moya, a presenciar el «espectáculo artístico»: un grupo de jóvenes subió a esa tarima que está frente a la barra, uno de los principales grupos de *rock* nacional, según decía el afiche. Una experiencia execrable, una contundente forma de aterrorizar a cualquier individuo que tenga una mínima sensibilidad artística, la forma más grotesca que he conocido de confundir el ruido con la música, Moya, esos sujetos eran unos desalmados para desafinar, nada les importaba sino su ruido, permanecían extasiados en su canallesco remedo de viejas canciones de grupos ingleses de *rock*, destrozaron impúdicamente canciones de los Beatles, de los

Rolling Stones, de Led Zeppelin; nunca había visto tipos que tan impúdica y canallescamente destrozaran la música de esos grupos ingleses. Salí despavorido, Moya, con los nervios crispados. Al día siguiente, Tolín me preguntó si me quedaría para el «espectáculo artístico» de esa noche, cuando se presentaría un grupo de música folclórica latinoamericana. Le respondí que no, por nada del mundo volvería a pasar por esa experiencia, me dijo Vega. La música folclórica latinoamericana me resulta especialmente detestable, Moya, desde siempre he detestado con especial repugnancia la música folclórica latinoamericana, nada tan detestable como esa música llorona procedente de los Andes interpretada por sujetos vestidos con ponchos andinos, sujetos que se consideran adalides de las causas justas por interpretar esa música llorona disfrazados con sus ponchos andinos, en realidad farsantes que se disfrazan de latinoamericanos para engatusar a imbéciles que se sienten partícipes de las causas justas por escuchar esa música llorona. Conozco muy bien a esos farsantes dedicados a lucrar con las causas justas a través de la detestable y llorona música folclórica latinoamericana, conozco muy bien a esa ralea porque en Montreal pululan que da asco, Moya, desde hace décadas lo latinoamericano se identifica con esa detestable música que pusieron de moda los comunistas chilenos expulsados por Pinochet, sólo de los izquierdistas salvadoreños he huido con tanta repugnancia como lo hice de los comunistas chilenos culpables de esa detestable música llorona. Lo peor que me podía suceder era venir de Montreal a San Salvador para escuchar esa detestable música interpretada por tipos que se disfrazan de latinoamericanos, así se lo dije a Tolín, me dijo Vega. Una sola vez bastó para que yo quedara curado de los así llamados «espectáculos artísticos» que se presentan en este bar, con ese canallesco grupo de *rock* fue suficiente, con hojear los periódicos y ver la televisión en casa de mi hermano me ha bastado para hacerme una idea del páramo en que estoy, Moya, esto es un hoyo, un pozo profundísimo, y los autollamados artistas y sus productos no son más que una farsa, algo patético, porque además se creen lo máximo, su ignorancia y su mediocridad son tales que sólo pueden creerse los mejores artistas y no unos vulgares y mediocres simuladores. Un verdadero asco, me dijo Vega, un país donde no hay artistas sino

simuladores, donde no hay creadores sino tipos que remedan con mediocridad. No entiendo qué hacés aquí, Moya, vos que decís dedicarte a la literatura deberías buscar otros horizontes. Este país no existe, te lo puedo asegurar yo que nací aquí, regularmente recibo las principales publicaciones periódicas del mundo sobre arte, leo con detenimiento las secciones sobre cultura y arte de los principales periódicos y revistas del mundo, por eso te puedo asegurar que este país no existe, al menos artísticamente, nadie sabe nada de él, a nadie le interesa, ningún individuo nacido en este territorio existe en el mundo del arte como no sea por la política o los crímenes, me dijo Vega. Tenes que irte, Moya, zarpar, ubicarte en un país que exista, es la única manera de que escribas algo que valga la pena, no esos cuentitos famélicos que aquí publicas y aquí te aplauden, eso no sirve para nada, Moya, pura lambisconería de provincia, necesitas escribir algo que valga la pena, y aquí no lo harás, estoy seguro. Ya te lo dije: este pueblo está reñido con el arte y con las manifestaciones del espíritu; su única vocación es el comercio y los negocios, por eso todos quieren ser administradores de empresas, para manejar mejor sus comercios y negocios, y por eso todos se postran ante los militares, porque éstos aprendieron a ser comerciantes eficaces y montaron negocios de primera gracias a la guerra, me dijo Vega. Esta es una cultura ágrafa, Moya, una cultura a la que se le niega la palabra escrita, una cultura sin ninguna vocación de registro o memoria histórica, sin ninguna percepción de pasado, una «cultura-moscardón», su único horizonte es el presente, lo inmediato, una cultura con la memoria del moscardón que choca cada dos segundos contra el mismo cristal porque a los dos segundos ya olvidó la existencia de ese cristal, una miseria de cultura, Moya, para la cual la palabra escrita no tiene la menor importancia, una cultura que saltó del analfabetismo más atroz a embebecerse con la estupidez de la imagen televisiva, un salto mortal, Moya, esta cultura se saltó la palabra escrita, simple y sencillamente pasó por alto los siglos en que la humanidad se desarrolló a partir de la palabra escrita, me dijo Vega. Pero la verdad, Moya, más allá de esta miseria cultural y con el cariño que te tengo, lo que deberías valorar es si realmente tenes vocación de escritor, si realmente tenes el talento, la voluntad y la disciplina que se requieren para crear una

obra de arte, te lo digo en serio, Moya, con esos cuentitos famélicos no vas a ninguna parte, no es posible que a tu edad sigas publicando esos cuentitos famélicos que pasan absolutamente desapercibidos, que no los conoce nadie, que nadie ha leído porque a nadie le interesan, esos cuentitos famélicos no existen, Moya, sólo para tus amigos del barrio, ninguno de esos cuentitos famélicos con sexo y violencia vale la pena, te lo digo con cariño, deberías mejor persistir en el periodismo o en otras disciplinas, pero estar publicando a tu edad esos cuentitos famélicos da lástima, me dijo Vega, por más sexo y violencia que les metas no habrá manera de que esos cuentitos famélicos trasciendan. No perdás el tiempo, Moya, éste no es un país de escritores, resulta imposible que este país produzca escritores de calidad, no es posible que surjan escritores que valgan la pena en un país donde nadie lee, donde a nadie le interesa la literatura, ni el arte, ni las manifestaciones del espíritu. Basta con revisar el caso de los famosos, de los mitos de provincia, para descubrir que se trata de escritores regulares, medianos, sin talla universal, siempre más preocupados por la ideología que por la literatura; no hay que hacerse el tonto, Moya, nada más tenes que comparar con los países vecinos para darte cuenta que los mitos locales son de segunda: Salarme a la par de Asturias se convierte en ese provinciano más interesado en un esoterismo trasnochado que en la literatura, un tipo más dedicado a convertirse en santón de pueblo que a escribir una obra vasta y universal; Roque Dalton a la par de Rubén Darío parece un fanático comunista cuyo mayor atributo fue haber sido asesinado por sus propios camaradas, un fanático comunista que escribió alguna poesía decente pero que en su obcecación ideológica redactó los más vergonzosos y horripilantes poemas filocomunistas, un fanático y cruzado del comunismo cuya vida y obra estuvieron postradas con el mayor entusiasmo a los pies del castrismo, un poeta para quien la sociedad ideal era la dictadura castrista, un zoquete que murió en su lucha por establecer el castrismo en estas tierras asesinado por sus propios camaradas hasta entonces castristas, me dijo Vega. Es triste, Moya, una verdadera calamidad, una evidencia de que la ignominia en que vive este pueblo inocula el fanatismo ideológico hasta en sus mejores mentes, una prueba fehaciente de que el fanatismo ideológico es propio de pueblos que viven en la ignominia. Ya sé que no

estás de acuerdo, Moya, pero no vale la pena discutir, no tiene ningún sentido discutir sobre la literatura de un país que no existe literariamente, no tiene el mínimo sentido discutir sobre algo que a nadie le interesa, me dijo Vega. Ya está cayendo la noche, Moya, la mejor hora si no fuera por esos miserables zancudos que ahorita aparecerán para hacernos la vida imposible, esos miserables zancudos no me han dejado en paz desde que vine a este país, no ha habido noche en que no aparezca una cuadrilla de esos miserables zancudos para despertarme y crispar mis nervios, nada me ha crispado tanto los nervios como ser despertado a medianoche por esos miserables zancudos con su zumbido desesperante, un zumbido insidioso y desesperante ha convertido en pesadilla cada una de mis noches desde que regresé a este país, Moya, no ha habido noche en que no haya tenido que despertarme y encender la luz de la habitación en casa de mi hermano para defenderme de esos miserables zancudos que con su zumbido insidioso y desesperante han sido capaces de crispar mis nervios como nunca lo había experimentado, me dijo Vega. Me produce una tremenda ansiedad saber si en la habitación del hotel, al igual que en la casa de mi hermano, aparecerá a medianoche una cuadrilla de zancudos a romper mi sueño, a crispar mis nervios, a obligarme a encender la luz y a ponerme en estado de alerta para detectar el zumbido y atacar a palmadas a esos miserables zancudos que me han hecho la vida imposible. Aunque en casa de mi hermano estoy seguro que los zancudos se metían porque la sirvienta nunca cumplió la indicación de cerrar la puerta y las ventanas de mi habitación a las seis de la tarde, una sirvienta babosa y destructora que nunca cumplió ni ésa ni las demás indicaciones que yo le daba; una pechugona, ventruda y nalgona capaz de destruir cualquier prenda u objeto que cayera en sus manos, una babosa máquina de destrucción que acabó con los botones de la mayoría de mis camisas, que me manchó aquellas prendas de mi mayor estima, que planchaba mis pantalones de tal manera que no hubiera podido vestirlos sin sonrojo. Qué ser humano más desagradable, Moya, esa babosa sirvienta de mi hermano, Tina como la llaman, una tipa que aunque use uniforme despide mugre por cada poro, una raterita hedionda que me obligó a llevar conmigo todo el tiempo mis objetos de valor, una deforme inmunda que siempre robaba parte del cambio cuando la enviaba a comprarme algo a la

tienda, una ventruda con las piernas llenas de ronchas por las picadas de los zancudos y con el rostro cundido de granos por las cantidades de grasa que se atipuja, una tipa que pasa masticando tortilla todo el tiempo, que no puede vivir si no tiene un pedazo de tortilla en la jeta, una verdadera babosa, una especie de animal que sólo resulta compatible con la mujer de mi hermano, la deformidad y el engendro hacen una pareja espeluznante, me dijo Vega. Y lo más sorprendente, Moya, lo que me dejó boquiabierto, lo insólito e inconcebible, fue un comentario de mi hermano en el sentido de que esa babosa ventruda tenía «buenas piernas», así lo dijo, casi con excitación, que esas inmundas piernas llenas de ronchas que despiden mugre por los poros eran «buenas piernas», ¿podés imaginarlo?, unas piernas deformes por las ronchas y la mugre a mi hermano le parecen «buenas piernas». Como para vomitarse, Moya, como para preguntarse de qué carajos está hecha esta raza tan obtusa, con gustos tan rastreros. No tengo la menor duda de que la experiencia que he vivido en estos quince días podría sintetizarse en una frase: la degradación del gusto. No conozco ninguna cultura, Moya, oíme bien y considera que mi especialidad consiste en estudiar las culturas, no conozco ninguna cultura que como ésta haya llevado a tales niveles la degradación del gusto, no conozco ninguna otra cultura que haya hecho de la degradación del gusto un valor, en la historia contemporánea ninguna cultura ha convertido la degradación del gusto en su máximo y más preciado valor, me dijo Vega. Lo podés constatar desde el momento mismo en que abordás el avión para venir a este país. Es un viaje que no le recomiendo a nadie que sufra de alteración nerviosa, un viaje diseñado precisamente para alterar los nervios, un viaje que por poco me condujo a una extrema e incontrolable crisis nerviosa. Nunca había tenido una experiencia semejante, Moya. Abordé el avión en Nueva York, luego de viajar apresuradamente desde Montreal, sin imaginar que en la escala de Washington la nave se llenaría de unos patanes sombrerudos con cara de criminales, unos sombrerudos con cara de criminales que afortunadamente habían sido desarmados de sus machetes y puñales en la aduana, unos patanes que de no haber sido desarmados en la aduana estoy seguro que hubieran armado una carnicería a machetazos en el interior de la nave. No tenes idea de lo que fue ese viaje, Moya. Me asignaron un asiento

intermedio entre un sombrerudo y una mujer regordeta que usaba delantal, me dijo Vega, un sombrerudo que se sacaba los mocos compulsivamente y los untaba en cuanto lugar pudiera y una mujer regordeta que sudaba a chorros y se secaba con el delantal o con una toalla que llevaba enrollada al cuello. Durante el despegue se mantuvieron distantes: el sombrerudo empecinado con sus mocos y la regordeta exprimiendo su toalla. Fue el único momento de tranquilidad que tuve en el vuelo, los únicos minutos de paz y sosiego, Moya, porque una vez que estuvimos en el aire, con el avión a la altura de crucero y las azafatas sirviendo la primera ronda de licor, mis compañeros de asientos comenzaron a hablarme casi al mismo tiempo, a hablar a los gritos, primero conmigo y luego entre ellos y en seguida de nuevo conmigo, prácticamente empapándome de saliva, ensartándome los codos, en una especie de confesión histérica a dos voces sobre lo que habían sido sus últimos años en Washington, una confesión histérica sobre las peripecias de un par de inmigrantes salvadoreños en Washington, las aventuras de un sombrerudo que no paraba de sacarse los mocos compulsivamente y de una regordeta que por momentos me restregaba su mugrosa toalla empapada de su no menos mugroso sudor. Horrible, Moya, porque a medida que hablaban, que crecía su entusiasmo, exhalaban con mayor intensidad sus pútridos olores, sin parar de relatarme peripecias y aventuras que yo no tenía el menor interés de oír, me dijo Vega. Un macabro preámbulo de lo que me esperaba al llegar a San Salvador, una espeluznante travesía en la que el sombrerudo vociferaba que él procedía de un pueblucho llamado Polorós, trabajaba como jardinero en Washington y tenía tres años de no regresar a El Salvador, mientras la regordeta replicaba que ella era de Osicala, trabajaba como empleada doméstica en Washington y desde hacía cinco años no regresaba a El Salvador. Lo peor fue cuando les sirvieron el primer trago, Moya, nunca he visto personas que pierdan los estribos con tanta facilidad, nunca he visto personas que enloquezcan tan fulminantemente luego de beber un trago: empezaron a escupir en el piso de la cabina, sin parar de vociferar, a escupir y a acompañar sus gritos de los gestos más obscenos, de las risas más obscenas, mientras el sombrerudo ahora pegaba sus mocos descaradamente hasta en la ventanilla y la regordeta blandía la toalla como un arma de asalto. Hubo un momento en

que creí que mis nervios estallarían, me dijo Vega, y me puse de pie para ir a los sanitarios: entonces descubrí que escenas semejantes a la que sucedía en mi fila de asientos tenían lugar en la mayor parte de la cabina. Horrible, Moya, una experiencia terrorífica, el peor viaje de mi vida, siete horas en aquella cabina repleta de sombrerudos recién escapados de algún manicomio, siete horas entre sujetos babeantes que gritaban y lloraban de algarabía porque estaban a punto de regresar a esta mugre, siete horas entre sujetos enloquecidos por el alcohol y la inminente llegada a su así llamada patria. Te juro, Moya, que en ninguna película he visto una escena semejante a aquélla, en ninguna novela he leído algo parecido a ese viaje entre esos orates exacerbados por un par de copas y la cercanía del lugar en que nacieron, me dijo Vega. Algo verdaderamente horripilante, un espectáculo del que sólo pude escapar en los momentos en que me refugiaba en los sanitarios, pero pronto los sanitarios se convirtieron en compartimentos asquerosos por las escupidas, los restos de vómitos, orines y demás excrecencias; pronto los sanitarios se convirtieron en un espacio irrespirable porque esos sujetos orinaban en los lavabos, Moya, estoy seguro que esos sombrerudos babeantes y con mirada criminal, exacerbados por la inminente llegada a esta mugre, orinaban en los lavabos, sólo el hecho de que ellos orinaran en los lavabos explica la hedentina que pronto hizo imposible que yo me refugiara en los sanitarios. Y eso no fue todo: aún tuve que resistir el instante en que la regordeta sudorosa, con la toalla enrollada al cuello y el delantal desarreglado, se puso de pie, escupió en el piso y empezó a dar alaridos, agitando el vaso de manera tal que me salpicaba de licor, gritando que un guaro atroz llamado «Muñeco» era diez veces mejor que ese *whisky*, insistiendo rabiosamente en que ese guaro atroz llamado «Muñeco» más propio para combatir los hongos en los pies era mucho mejor que el *whisky* maricón que estaba bebiendo, insultando a las aeromozas porque ya no le querían servir otro trago de esa mariconada de *whisky*; y en seguida, la regordeta que cada vez sudaba más copiosamente y ahora blandía amenazante su toalla empapada, hizo el gesto propio de quien está a punto de vomitar, me dijo Vega. Salí en estampida; me refugié en el compartimiento de los sobrecargos, justo a la entrada de los sanitarios, con los nervios de punta, despotricando contra el hecho de

que mi madre hubiera muerto el día anterior y yo estuviera obligado a regresar a un país al que detesto por sobre todas las cosas, un país habitado por sujetos babeantes y de mirada criminal que acostumbran orinar en los lavabos de los aviones en vuelo, por gordas sudorosas y enloquecidas que esperan la menor provocación para vomitar sobre sus compañeros de asiento en los aviones en vuelo. Te imaginarás, Moya, que salí del avión en un estado de alteración absoluta, aquello había sido mi temporada en el infierno, la sola idea de salir al pasillo del aeropuerto se había convertido en mi máximo anhelo durante las últimas horas, el arribo al Aeropuerto de Comalapa era mi salvación, la posibilidad de volver a cierta normalidad, la posibilidad de constatar que la vida era otra cosa, nada parecido a esas siete horas encerrado en una cabina de avión con seres siniestros que untaban mocos en las ventanillas y trataban de zamarrearte con una toalla empapada en sudor, me dijo Vega. Pero cuál no sería mi sorpresa, Moya, cuando al llegar a la sala de migración me encontré en medio de centenares de sujetos semejantes a los que venían en mi avión, con masas furibundas exactamente iguales a las que venían en mi vuelo, con centenares de sombrerudos y regordetas con delantal procedentes de Los Ángeles, de San Francisco, de Houston y quién sabe de qué otras ciudades, una inmensa muchedumbre que se arremolinaba en la sala de migración en un agobiante caos. Temí una crisis que me doblegara en ese mismo instante, me dijo Vega, por eso intenté salir de aquel maremágnum, hice mis mayores esfuerzos por abrirme paso entre esas masas siniestras, concentré todas mis energías para abrirme paso entre esas asfixiantes masas con el objeto de llegar a un sanitario en el que pudiera refugiarme, en el que pudiera recuperar fuerzas, y ahí estuve encerrado media hora en un retrete, víctima de un ataque de angustia, a punto de quebrarme, sudando la temblorina, diciéndome que no había vuelta atrás, ya estaba en este territorio que había jurado no volver a pisar. Aún siento escalofríos de sólo recordarlo, Moya. Salí del retrete, exhausto, a lavarme la cara en el lavabo, a frotarme la cara frenéticamente frente al espejo, a convencerme de que las cosas no serían tan exageradamente horribles, repitiéndome que sólo venía a los funerales de mi madre y a realizar los trámites para tener derecho a mi parte de su herencia, que no había nada que temer porque yo soy ciudadano canadiense, mi pasaporte

estaba ahí, en la bolsa de la chaqueta, como mi mejor garantía. Supuse que aquel gentío ya había desalojado la sala de migración, me dijo Vega, por lo que hice un último acopio de fuerzas para enfrentar a la oficial migratoria, una enana, prieta y trompuda que tomó mi pasaporte sin siquiera verme, consultó en su computadora, estampó el sello y me dijo «pase». Pero estaba escrito que no iba a liberarme tan fácilmente de aquella muchedumbre de sombrerudos y regordetas. Lo comprobé cuando bajaba las escaleras eléctricas hacia la aduana: horrible, Moya, ahí estaba el mismo pandemonio que había encontrado en la sala de migración, y peor aún, centenares de tipos se arremolinaban entre las paredes y las bandas giratorias por las que salía el equipaje, centenares de sujetos enfebrecidos que tiraban codazos y escupitajos para apoderarse de enormes cajas repletas de las mercancías más inusitadas, centenares de sujetos enloquecidos acumulaban cajas y más cajas como si aquello fuese un mercado caótico y asfixiante. No sé cómo logré rescatar mi maleta, Moya, pero de nada sirvió, porque tuve que esperar horas hasta que cada uno de esos sujetos con sus decenas de cajas pasara una minuciosa revisión por parte del oficial de aduanas, una alimaña con gafas y bigote que se las ingeniaba para entretenerse el mayor tiempo posible en la revisión de cada caja, una alimaña cuya misión consistía en que todos aquellos sujetos llevaran su enfebrecimiento a niveles delirantes, una alimaña que evidentemente disfrutaba del exacerbamiento de los ánimos de aquellos centenares de tipos ansiosos por que sus cajas repletas de los chunches más inusitados pasaran lo más rápidamente posible por la revisión, porque esos sujetos habían hecho trabajos infames e ignominiosos durante los últimos años a fin de ahorrar el dinero que les permitiera comprar esas enormes cantidades de chunches para regalarlos a sus familiares que ahora esperaban babeantes y codiciosos tras la puerta de cristal, me dijo Vega. Y cuando al fin logré cruzar esa puerta de cristal que conducía a la calle se me vino encima otra muchedumbre pegajosa, una horripilante masa de tipos que despedían olores nauseabundos y en cuyos rostros únicamente resplandecía la codicia por apoderarse de aquellas cajas repletas de chunches inusitados. El trópico es espantoso, Moya, el trópico convierte a los hombres en seres pútridos y de instintos primarios como ésos entre los que me vi obligado a restregarme para poder salir de la

Terminal aérea en busca de un taxi. Ninguna impresión resulta más aborrecible que salir del Aeropuerto de Comalapa, ninguna impresión me ha hecho aborrecer el trópico con tanta intensidad como mi salida de la Terminal aérea de Comalapa: no se trata sólo de las multitudes, Moya, sino del *shock* que significa pasar de un clima soportable en el interior del aeropuerto a ese infierno achicharrante y embrutecedor de la costa tropical, de la fulminante bocanada de calor que me transformó instantáneamente en un animal sudoroso. Una vez que logré abrirme paso entre aquella masa que babeaba de codicia ante las cajas de chunches inusitados, me vi asaltado súbitamente por una parvada de taxistas que entre jalones y empellones me disputaban como aves de rapiña, taxistas uniformados con guayaberas celestes y lentes oscuros que trataban de arrebatarme mi maleta, me dijo Vega. Nunca había visto individuos que tuvieran la delación tan impresa en el rostro, Moya, nunca había visto rostros tan torvos y delatores como los de aquellos taxistas. Pero no tuve alternativa: el viaje fue de tal manera improvisado que ni siquiera telefoneé a mi hermano para informarle sobre el vuelo en que yo llegaría. Le dije al taxista que me llevara a la funeraria, de prisa, mi madre había muerto el día anterior y me estaban esperando para el entierro. Y en esos cuarenta kilómetros que separan al Aeropuerto de Comalapa de San Salvador, durante ese trayecto en el que la ventolera que entraba por la ventanilla me permitió reponerme y conseguir cierto sosiego, tuve el atisbo de una definición que en estos quince días he podido constatar cabalmente: el salvadoreño es ese cuilio que todos llevamos dentro. Aquel taxista era la mejor prueba: intentó sonsacarme la mayor cantidad posible de información, con preguntas maliciosas que me hicieron temer que estuviera midiendo si valía la pena asaltarme, me dijo Vega. Un polizonte que a la menor oportunidad muestra su vocación de ratero, en verdad un ratero que trabaja de polizonte, sólo en este país se utiliza la palabra «cuilio» para denominar a un ratero que trabaja de policía y en este caso a un taxista fisgón que me hacía cantidad de preguntas sobre mi vida para saber si yo era la víctima propicia para ejercer su vocación de ratero. Todos los taxistas son cuilios, Moya, y en especial ése que entonces me conducía hacia San Salvador en medio de sus sospechosas preguntas sobre mi vida. A la entrada de la ciudad, donde antes hubo una caseta de cobro, según me

dijo el taxista, ahora está el llamado «Monumento a la paz», un esperpento que sólo pudo ser concebido por alguien con la imaginación en los pies, un esperpéntico «Monumento a la paz» que muestra la absoluta falta de imaginación de esta gente, una contundente evidencia de la total degradación del gusto, me dijo Vega. Y el de más adelante es aún peor, Moya, la cosa más horripilante que jamás he visto, ese llamado «Monumento al hermano lejano» parece en realidad un gigantesco mingitorio, ese monumento con su enorme pared de azulejos no evoca otra cosa que un mingitorio, te juro, Moya, que cuando lo vi por primera vez no sentí más que ganas de orinar y cuantas veces he pasado por ese lugar el así llamado «Monumento al hermano lejano» no hace otra cosa que excitar mis riñones. Esa es la obra cumbre de la degradación del gusto: un gigantesco mingitorio construido en agradecimiento a los sombrerudos y las regordetas que vienen de Estados Unidos cargados de cajas repletas de los chunches más inusitados, me dijo Vega. Sólo una partida de zoquetes puede tener tal obsesión por construir esos horripilantes monumentos, sólo una partida de zoquetes convertidos en gobernantes puede gastar el dinero del Estado en la construcción de esos bodrios que expresan descarnadamente la degradación del gusto imperante en este país, sólo una partida de zoquetes con el usufructo del Estado puede fomentar de tal manera la degradación del gusto a través de los así llamados «monumentos». Se trata, en verdad, de monumentos a la degradación del gusto, no son otra cosa que monumentos a la falta de imaginación y a la extrema degradación del gusto de esta raza, me dijo Vega. Y qué decir de esas enormes cabezas de los llamados próceres de la patria, esas enormes y deformes cabezas de mármol puestas a lo largo de la antes conocida como Autopista Sur, esos horrendos mamotretos de mármol que supuestamente reproducen los rostros de los llamados próceres de la patria, esas horrendas y deformes cabezas conocidas popularmente como «Los Picapiedra»: únicamente una mentalidad troglodita pudo haber concebido semejantes mamotretos, únicamente una mentalidad troglodita y de tira cómica puede concebir que esos armatostes sean esculturas y deban ser exhibidos públicamente, algo que en otro lugar sería considerado con horror aquí se exhibe orgullosamente. Es increíble, Moya. Les dicen «Los Picapiedra» porque los

llamados próceres de la patria seguramente no fueron más que unos trogloditas como los zoquetes que ahora se gastan el dinero del Estado en mandar a hacer monumentos y esculturas que sólo revelan su total degradación del gusto, me dijo Vega, los llamados próceres de la patria tuvieron que ser unos trogloditas de los cuales procede la imbecilidad congénita que afecta a esta raza, sólo el hecho de que los llamados próceres de la patria hayan sido unos trogloditas explica el cretinismo generalizado que impera en este país. Te invito al último *whisky*, Moya, me ofreció Vega, a que tomes el trago caminero mientras yo bebo mi última agua mineral y le pido a Tolín que me devuelva mi disco compacto con el Concierto en Si Bemol Menor de Tchaikovski, porque ya ha comenzado a llegar gente, Moya, clientes que seguramente vienen a reservar su mesa para presenciar el así llamado «espectáculo artístico» de esta noche. Quiero estar a las siete de regreso en el hotel, tomar una cena frugal y encerrarme a disfrutar de mi habitación, me dijo Vega. Nada más placentero que tenderme en la cama, a leer tranquilamente, sin ninguna televisión en los alrededores, sin los gritos enervantes de la mujer de mi hermano y de sus perniciosos niños; nada más reconfortante que encerrarme a leer, meditar y descansar. La sola idea de estar a salvo de las invitaciones de mi hermano para «ir a joder» en la noche me resulta estimulante, Moya, nada más horrible que estar obligado a escoger entre las invitaciones a «ir a joder» de mi hermano y la perspectiva de pasar la noche en una habitación flanqueada por tres televisores encendidos a todo volumen y en distinto canal. Una sola vez acepté la invitación de mi hermano de «ir a joder» en la noche, me dijo Vega, una única e irrepetible noche bastó para que nunca más se me ocurriera aceptar la invitación a «ir a joder» formulada repetidas veces por mi hermano. El mayor placer de mi hermano es «ir a joder» en la noche, Moya, el mayor placer de él y de sus amigos consiste en apoltronarse en una cervecería a beber cantidades de esa diarreica cerveza hasta alcanzar la imbecilidad plena, luego entrar a una discoteca a saltar como primates y, por último, visitar un sórdido prostíbulo. Estas son las tres etapas del «ir a joder» en la noche, el ritual que los mantiene con vida, su diversión máxima: estupidizarse a punta de cerveza, sudar a saltos con el ruido salvaje y el aire espeso de una discoteca, y babear de lujuria en un sórdido prostíbulo, me

dijo Vega. Las tres rigurosas etapas del «ir a joder» al que una noche me llevó mi hermano. Sólo la alteración producida en mi ánimo por el ruido de los tres televisores, por la cháchara de la mujer de mi hermano y por los alaridos de la pareja de niños estúpidos y perniciosos, puede explicar que yo haya aceptado la invitación de mi hermano a «ir a joder» en la noche, a sabiendas que ninguna invitación que procediera de mi hermano sería ajena a la vulgaridad y el cretinismo. Me arrepentiré lo que me resta de vida de haber aceptado esa invitación a «ir a joder» en la noche, Moya, sufrí la peor angustia que cabe imaginar, gasté prácticamente todo mi capital emocional, me dijo Vega. Fuimos mi hermano, un amigo de éste llamado Juancho y yo. Primero estuvimos en una cervecería llamada La Alambrada, un sitio espeluznante, como para poner los pelos de punta, un ranchón plagado de pantallas gigantescas en cada esquina, una verdadera aberración, un sitio donde únicamente se puede beber cerveza diarreica rodeado de pantallas en las que distintos cantantes, todos y cada uno a cual más abominable, interpretan melodías necias y estridentes. Y el amigo de mi hermano, Moya, el tal Juancho, un negroide que habla hasta por los codos, un negroide propietario de una ferretería que jura haberse tomado todo el alcohol del mundo y haberse acostado con todas las mujeres que ha encontrado a su paso, me dijo Vega. El negroide más exagerado y mitómano que podás imaginar, Moya, una máquina de hablar sobre sí mismo y de contar aventuras sobre sí mismo, un muñeco parlante que traga cerveza tras cerveza mientras narra sus delirantes proezas sexuales. Yo no estaba preparado para aquello: permanecía con mi vaso de agua mineral obligado a escuchar con un oído la verborrea del negroide y con el otro la estridente voz de una tipa despeinada que se revolcaba en las pantallas. Pero el negroide se imponía con sus alaridos y a medida que tragaba más cerveza sus relatos sobre sus borracheras y aventuras sexuales adquirían mayor obscenidad. Un negroide realmente repulsivo, Moya. Y necio como pocos: una y otra vez insistió en que yo debía tomar una cerveza, que no era posible que me la pasara solamente con agua mineral. Perdí la cuenta de las veces que le expliqué que yo no bebía cerveza, mucho menos de esa asquerosa y diarreica cerveza Pílsener que ellos bebían, mi colitis me permitía tomar sólo un par de tragos, y de *whisky* preferentemente, pero en

esa cervecería llamada La Alambrada no vendían otro licor que no fuera esa cerveza asquerosa y diarreica. Un negroide en cuya cabecita de cerebro de cacahuate no cabía la idea de que alguien se negara a tomar de la cochinada que él tomaba, me dijo Vega. Repulsivo, Moya, aquel tipo contó una tras otra sus delirantes aventuras sexuales con todas las prostitutas de todos los prostíbulos de San Salvador. Pero lo de veras preocupante eran los cuatro sujetos que estaban en la mesa de al lado, los sujetos más siniestros que he visto en mi vida, Moya, cuatro sicópatas con el crimen y la tortura estampados en la jeta bebían cerveza en la mesa de al lado, unos sujetos realmente de cuidado, lo sanguinario lo destilaban de tal manera que voltearlos a ver aunque fuera un segundo constituía un tremendo riesgo, me dijo Vega. Le advertí al negroide que bajara la voz, que esas linduras de al lado ya estaban viéndolo con un rictus tenebroso. Temí una tragedia, Moya, porque esos sicópatas evidentemente portaban granadas de fragmentación que ansiaban tirar bajo la mesa de un trío de tipos como nosotros, yo estaba seguro que esos criminales acariciaban en ese instante las granadas de fragmentación que en cualquier momento tirarían bajo nuestra mesa, porque para esos sicópatas exsoldados y exguerrilleros las granadas de fragmentación se han convertido en sus juguetes favoritos, no hay día en que uno de esos así llamados «desmovilizados» no lance una granada de fragmentación contra un grupo de personas que le incomoda, en verdad esos criminales exsoldados y exguerrilleros portan sus granadas de fragmentación en espera de la menor oportunidad para lanzarlas contra personas como ese negroide que no paraba de referir a los gritos sus inusitadas aventuras sexuales, me dijo Vega. Le advertí una y otra vez que bajara la voz, Moya, pero el negroide sólo se calmó hasta que volteó a ver a esos sicópatas que estaban a punto de lanzarnos una granada de fragmentación, como hacen a diario en cervecerías, en salones de baile y en las mismas calles, donde dirimen sus diferencias a punta de granadazos, donde los así llamados «desmovilizados» se divierten como nenes con las granadas de fragmentación que lanzan entre risotadas a imbéciles como ese negroide, me dijo Vega. Por suerte pronto cambiamos la cervecería por una discoteca llamada Rococó, en la segunda etapa de lo que mi hermano y sus amistades denominan «ir a joder» en la noche. Era un galerón oscuro, con

luces cegadoras que súbitamente golpeteaban desde el techo y donde el aire enrarecido apenas circulaba, un galerón que retumbaba con un ruido infernal y en cuyo centro había una pista de baile rodeada de mesas y asientos prácticamente incrustados en el suelo. Un sitio abrumador, especial para tipos desquiciados, para sordos que disfrutan la oscuridad y el aire espeso. De inmediato empecé a sudar y a sentir que mis sienes palpitaban como si la presión sanguínea se me hubiese subido sin control y mi cabeza estuviera a punto de estallar, me dijo Vega. Y en medio de aquel barullo desesperante, luego que fuimos a la barra a pedir el trago al que teníamos derecho por el pago del cover, y mientras buscábamos una mesa, comprendí que el negroide no había parado de hablar en ningún momento, que su voz luchaba denodadamente para imponerse sobre el ruido estremecedor que amenazaba con demoler ese galerón. Bebí mi *whisky* de un trago, en espera de que me ayudara a detener la palpitación de mis sienes, pero tan sólo sirvió para hacerme sudar más profusamente y acrecentar mi sensación de claustrofobia. No tolero esos lugares encerrados, oscuros, ruidosos y asfixiantes, Moya, y menos junto a un negroide que a punta de alaridos repetía el mismo cuento sobre sus extraordinarias aventuras sexuales, me dijo Vega. Mi resistencia nerviosa se estaba aflojando. Una docena de parejas brincoteaba sobre la pista de baile; apenas distinguía las siluetas a causa de las luces estrambóticas y el golpeteo de los *flashes* cegadores desde el techo. Mi hermano comentó que la discoteca estaba bastante vacía, no era una buena noche, casi no había chicas solas; el negroide se apresuró a relatar todas y cada una de las veces que se había llevado lindas chicas de ese sitio, todas y cada una de las veces que luego de bailar en la discoteca se había dirigido a un motel para hacer el amor con esas fabulosas chicas, a decir verdad siempre que había llegado a esa discoteca lograba llevarse a una chica, así gritaba el negroide, me dijo Vega. Comencé a sentirme mareado, Moya, como si me faltase el aire, y se lo dije a mi hermano, que me sentía un poco mal, no me hacía nada bien ese sitio, mejor si fuéramos a un lugar menos angustiante. Tuve que gritar para que mi hermano me escuchara, casi me desgarro la garganta para hacerme escuchar entre los retumbos de aquel ruido ensordecedor y los alaridos del negroide. Mi hermano me pidió que aguantara un rato, a ver si aparecían más chicas,

sería un desperdicio abandonar la discoteca tan temprano, así me dijo, pero yo estaba desesperándome, temía que en cualquier momento todo aquello empezara a darme vueltas y sufriera un quebranto, por eso le indiqué que no se preocupara, yo me iría en taxi a casa, el negroide y él podían permanecer hasta la hora que quisieran. Entonces mi hermano salió con que no podía abandonarlos de esa manera, así lo dijo, Moya, «abandonarlos», que si llegaba solo a casa su mujer sospecharía lo peor, que los esperara cinco minutos nada más, podía irme a descansar un rato al carro, y después visitaríamos un lugar menos encerrado. Y así lo hice, me dijo Vega. Pero cuando mi hermano me entregó las llaves del carro le advertí que lo esperaría cinco minutos, ni un segundo más, que recordara mi profundo sentido de la puntualidad, que si él no aparecía en cinco minutos exactos le dejaría las llaves con el portero de la discoteca y me largaría en un taxi. Odio a la gente impuntual, Moya, no hay cosa peor que la impuntualidad, me resulta imposible tener cualquier tipo de tratos con gente impuntual, no hay nada más dañino e irritante que tratar con seres impuntuales. Si vos no hubieras venido a las cinco en punto de la tarde, tal como convenimos, te aseguro que no te hubiera esperado, Moya, aunque me encanta permanecer en este sitio entre cinco y siete de la tarde tomando mi par de whiskis, aunque hubiera tenido que sacrificar este momento de sosiego, no te hubiera esperado, porque el solo hecho de que vos te hubieras atrasado habría bastado para perturbar por completo la posibilidad de que nosotros mantuviéramos una plática constructiva, Moya, tu atraso hubiera distorsionado totalmente mi percepción sobre vos y te hubiera ubicado de inmediato en la categoría más indeseable, en la categoría de la gente impuntual, me dijo Vega. Una vez fuera de la discoteca, caminando en el estacionamiento al aire libre, me sentí mejor, aunque el aturdimiento tardaría un rato más en desaparecer. Entré al carro, al asiento junto al conductor, eché llave y recosté el respaldo. La discoteca está ubicada casi al final del Paseo Escalón, en un centro comercial. La cuestión es que cuando habían pasado dos minutos y yo me empezaba a relajar gracias al silencio del estacionamiento y a la vista panorámica de la ciudad que desde ahí se tiene, súbitamente sufrí un intenso ataque de ansiedad, como si estuviera a punto de ser asaltado, un estremecedor ataque de ansiedad que me obligó a

incorporarme y cabecear en busca de los maleantes que se aprestaban a arremeter en mi contra, me dijo Vega, un estremecedor ataque de ansiedad como si el peligro estuviera ahí, a pocos pasos, acechante, presto a transformarse en unos maleantes que me coserían a tiros con el exclusivo propósito de apropiarse del carro de mi hermano, de ese Toyota Corolla último modelo que mi hermano cuida más que a sí mismo. Fue un pánico súbito, Moya, un pánico absoluto, paralizante, porque los maleantes en este país matan sin ningún motivo, por el puro placer del crimen, matan aunque no opongas resistencia, aunque les entregues todo lo que te piden, diariamente matan sin más propósito que el placer de matar, me dijo Vega. Ahí está el caso de la señora de Trabanino, del que hablan todos los noticieros a toda hora. Tremendo, Moya: un maleante la sorprende cuando ella se estaciona en la cochera de su casa, luego la obliga a entrar a la sala para matarla a tiros frente a sus dos pequeñas hijas. Tremendo, Moya, el maleante la mata por puro placer frente a las niñas, un maleante que no roba nada, sólo quiere matar. Un caso horrible, Moya. Yo no le hubiera puesto tanta atención, pero la mujer de mi hermano tiene tres días de hablar únicamente sobre el caso de la señora de Trabanino, tres días de arruinarme los tiempos de comida con su misma perorata sobre el asesinato de la señora de Trabanino, tres días de indignarse y aventurar hipótesis sobre las causas del crimen cuando lo que en verdad le sucede a la mujer de mi hermano es la excitación de su morbo, porque resulta que la señora de Trabanino pertenecía a la gente de sociedad que aparece en las páginas sociales de los periódicos que la mujer de mi hermano hurga con tanta fruición, la excitación del morbo es la verdadera causa de que ese engendro con el que está casado mi hermano no haya parado de hablar del asesinato de la señora de Trabanino, no haya parado de paranoizarme con la criminalidad extrema que asola a este país, me dijo Vega. Por eso los cinco minutos en el interior del carro de mi hermano se me hicieron eternos, Moya, y esos últimos tres minutos en que el pánico hizo presa de mí fueron horrorosos, una experiencia desgastante, algo que no le deseo a nadie, permanecer encerrado en un Toyota Corolla a la espera de que un grupo de maleantes te asesine para robar el carro, porque no pueden robar sin matar, seguramente porque matar es lo que les produce su verdadero placer y no

tanto robar, como lo demuestra el caso de la señora de Trabanino, me dijo Vega. Estuve a punto de salir apresuradamente del carro, tal era mi pánico, para resguardarme en la puerta de entrada de la discoteca, pero pronto comprendí que al salir del carro correría más riesgos de ser acribillado, por eso permanecí ahí, tiritando, con una taquicardia horrible, agazapado en el asiento, haciéndome el dormido, contando cada segundo, odiando profundamente a mi hermano y a su amigo negroide, culpables de que yo estuviera padeciendo ese trance, me dijo Vega. Qué gusto el de la gente de este país de vivir aterrorizada, Moya, qué gusto más mórbido vivir bajo el terror, qué gusto más pervertido pasar del terror de la guerra al terror de la delincuencia, un vicio patológico el de esta gente, un vicio mórbido hacer del terror su modo permanente de vida. Por suerte pronto llegaron mi hermano y el negroide. Entraron al carro riéndose, comentando quién sabe sobre qué mujer, y hasta se atrevieron a reclamarme, a decir que por mi culpa no habían podido llevarse a un par de chicas que en ese momento iban entrando a la discoteca. Entonces enfilamos hacia la tercera etapa de lo que mi hermano y sus amigos llaman «ir a joder» en la noche, hacia la colonia La Rábida, una colonia que hace veinte años era una vieja zona residencial de clase media, una vieja colonia ahora convertida en zona roja donde pululan bares y prostíbulos de mala muerte. Mi hermano y el negroide ya iban entonados, alegres, con la barriga repleta de cerveza, hablando atolondradamente, los dos al mismo tiempo, sin escucharse, como si cada uno tuviera interés en demostrar ante sí mismo y ante mí algo relacionado con su virilidad y su audacia. Pero yo apenas les ponía atención y sólo me percataba de que en cada frase incluían la palabra «cerote», me dijo Vega. Nunca he visto gente con más excremento en la boca que la de este país, Moya, no en balde la palabra «cerote» es su principal muletilla de lenguaje, no tienen en la boca otra palabra que «cerote», su vocabulario se limita a la palabra «cerote» y sus derivados: cerotísimo, cerotear, cerotada. Increíble, Moya, cuando lo ves con distancia, una palabra que designa un trozo de excremento, una vulgar y asquerosa palabra que significa una porción de excremento humano que se expele de una vez, la más soez palabra sinónima de mojón es la que tienen metida en la boca con mayor fijeza mi hermano y su amigo negroide, me dijo Vega. Detesto

particularmente que un negroide de nombre Juancho a quien miro por primera vez me llame «cerote» con familiaridad, detesto con especial intensidad que un ferretero negroide a quien acabo de conocer me diga a cada rato «cerote», que me llame «cerote» como si yo fuese una porción de excremento humano expelida de una vez. Es horrible, Moya, sólo en este país puede suceder algo semejante, sólo en este país la gente se considera una porción de excremento humano expelida de una vez y sólo a mi hermano y a su negroide amigo ferretero se les pudo ocurrir llamarme «cerote» constantemente y con la mayor familiaridad, en momentos en que estaban achispados gracias a la diarreica cerveza que habían bebido compulsivamente y cuando nos dirigíamos a un prostíbulo para completar la tercera etapa de lo que ellos llaman «ir a joder» en la noche, me dijo Vega. El prostíbulo se llama «La oficina», Moya, el antro favorito de mi hermano, una evidencia de que ese tipo hasta a la hora de ejercer sus vulgares diversiones necesita sentirse en una oficina, como si el hecho de sentirse en una oficina le quitara sordidez a su marranería. No sabés, Moya, la náusea que sufrí cuando entramos a ese prostíbulo de nombre «La oficina», nunca había sentido una náusea de tal envergadura, únicamente un prostíbulo como «La oficina» pudo causarme una contracción vital semejante, la náusea más abominable que he sufrido en mi vida. Tenía veintidós años de no entrar a un prostíbulo, Moya, desde que estábamos en el último año del colegio, ¿te acordás? Espantoso. El hecho de entrar de nuevo a un prostíbulo después de tantos años sólo sirvió para remover mis recuerdos más groseros, la memoria de una experiencia que creí sepultada, de una experiencia soez y denigrante de la que difícilmente y luego de mucho tiempo logré reponerme. El comercio sexual es lo más asqueroso que pueda existir, Moya, nada me produce tanta repugnancia como el comercio carnal, algo de por sí viscoso y propenso a los malentendidos como es el sexo alcanza profundidades abominables con su comercio, una práctica que te carcome las facultades espirituales de una manera fulminante. Pero para mi hermano y su negroide amigo es precisamente esa carcoma espiritual el motivo de mayor regocijo y diversión, me dijo Vega. Te aseguro que al sólo cruzar el umbral de «La oficina» tuve que caminar con extremo cuidado, Moya, atento para no deslizarme en aquel semen

cristalizado sobre las baldosas. No miento, Moya, ese antro hedía a semen, en ese antro había semen por todas partes: pegoteado en las paredes, untado en los muebles, cristalizado sobre las baldosas. La náusea más demoledora de mi vida, la más tremenda y horrible náusea la tuve ahí, en «La oficina», un antro infectado de mujeres sebosas que desplazaban su cuerpo purulento por pasillos y salones, mujeres purulentas y fatigadas que desparramaban sobre sofás y sillones sus carnes atiborradas de los más diversos sudores, me dijo Vega. Y ahí estaba yo, Moya: en el vértigo de la náusea, sentado en el borde de una silla, con el rostro contraído por el asco, evitando untarme de semen en los sofás y las paredes, evitando deslizarme sobre el semen cristalizado en las baldosas, mientras mi hermano y su amigo negroide intimaban de la manera más ignominiosa con un par de sebosas que a esa altura ya habían sido inoculadas de semen y sudor hasta el hartazgo. Increíble, Moya, mi hermano y su amigo el ferretero negroide seguían hartándose de cerveza, felices, embadurnándose en las excrecencias de esas mujeres, regateando por lo bajo para conseguir el mejor precio que los llevaría a una cama pútrida donde se agitarían de la manera más obscena, me dijo Vega. Horrendo, Moya. Nunca había visto mujeres más lamentables, mujeres para quienes la sordidez constituye su hábitat natural, gordas sebosas empuercadas en el semen de sujetos que han convertido a la sordidez en su placer más íntimo y deseado. El prostíbulo más triste que podás imaginar, Moya, donde no impera otra sensación que la sordidez, donde ni las carcajadas ni los cuchicheos escapan de una sordidez que lo permea todo, que se impone sobre todo, me dijo Vega. Hubo un momento, Moya, en que ya no pude contener la náusea, sobre todo cuando una de esas sebosas se me acercó con el ánimo de sacarme plática, con la intención de convencerme para que yo comprara un trozo de su sordidez. Me puse de pie de inmediato, Moya, y fui en busca de los sanitarios, caminando con extremo cuidado, para no deslizarme y caer sobre el semen cristalizado en las baldosas. Y entonces vino lo peor, Moya: aquellos eran los sanitarios más inmundos que he visto en mi vida, te lo juro, nunca había visto tanta inmundicia concentrada en un espacio tan reducido, me dijo Vega. Alcancé a sacar mi pañuelo para taparme la nariz, pero ya era demasiado tarde, Moya, por concentrar mi energía en evitar una caída sobre aquellos charcos

de semen y orines, penetré sin defensa a esa cámara de gases pútridos y cuando alcancé a sacar mi pañuelo ya era demasiado tarde. Vomité, Moya, el vómito más inmundo de mi vida, la más sórdida y asquerosa manera de vomitar que podás imaginar, porque yo era un tipo vomitando sobre un vómito, porque ese prostíbulo era un enorme vómito salpicado de semen y orines. Verdaderamente indescriptible, Moya, aún se me revuelve el estómago de sólo recordarlo. Salí de los sanitarios, tambaleante, con la firme decisión de abandonar ese antro inmediatamente, sin importar lo que argumentaran mi hermano y su negroide acompañante, con la terminante decisión de subir a un taxi y dirigirme a casa de mi hermano, me dijo Vega. Y entonces sucedió el acabose, lo inverosímil, el hecho que me hizo entrar en una espiral delirante, en la angustia más extrema que podás imaginar: mi pasaporte, Moya, había extraviado mi pasaporte canadiense, no estaba en ninguna de mis bolsas, lo peor que podía sucederme en la vida, extraviar mi pasaporte canadiense en un inmundo prostíbulo de San Salvador. El terror se apoderó de mí, Moya, el terror puro y estremecedor: me vi atrapado en esta ciudad para siempre, sin poder regresar a Montreal; me vi de nuevo convertido en un salvadoreño que no tiene otra opción que vegetar en esta inmundicia, me dijo Vega. Yo guardaba mi pasaporte canadiense en la bolsa de la camisa, estaba completamente seguro, y ahora no estaba ahí. Lo había tirado, Moya, mi pasaporte canadiense se me había caído con algún movimiento brusco, no me había dado cuenta del momento en que tiré mi pasaporte. Era horrible, Moya, una pesadilla siniestra. Corrí de regreso hacia los sanitarios, donde recién vomitado, sin importarme que hubiera podido caer de bruces sobre el semen cristalizado en las baldosas, sin importarme los charcos de orines y vómitos, ni aquel hedor tremebundo. Pero mi pasaporte canadiense no estaba ahí, Moya, y no era posible que hubiera caído dentro del excusado sin que yo me percatara. Busqué detenidamente entre los puchos de papeles untados de excrementos, entre los charcos de orines y vómitos, pero mi pasaporte canadiense no estaba por ningún lado. Salí de los sanitarios absolutamente enloquecido. Fui a contar mi desgracia a mi hermano y a su negroide amigo. Los urgí a que me ayudaran a buscar mi pasaporte canadiense. Era imprescindible que regresáramos en ese mismo instante a la discoteca Rococó y a la cervecería

La Alambrada, El pasaporte canadiense es lo más valioso que tengo en la vida, Moya, no hay otra cosa que cuide con más obsesión que mi pasaporte canadiense, en verdad mi vida descansa en el hecho de que soy un ciudadano canadiense, me dijo Vega. Pero el negroide ferretero salió con que yo no debía acelerarme tanto, probablemente el pasaporte estaba en la habitación en casa de mi hermano, debía relajarme. Le respondí a los gritos, Moya, que no fuera imbécil, yo no estaba hablando con él, le estaba exigiendo a mi hermano que se olvidara de esa gorda sórdida y sebosa y me ayudara a recuperar mi pasaporte canadiense. Ya estaba fuera de mí, Moya, tendrías que haberme visto, mi desesperación era tal que estuve a punto de agarrar a golpes a ese par de imbéciles que menospreciaban el hecho de que yo hubiera extraviado mi pasaporte canadiense, me dijo Vega. Finalmente mi hermano reaccionó, Moya, y me preguntó si no se me había caído en los sanitarios. Le respondí que ya había buscado detenidamente entre los papeles untados de excrementos y en los charcos de vómitos, orines y semen, pero mi pasaporte canadiense no estaba ahí. Fue cuando mi hermano me dijo que buscáramos en el interior del carro antes de lanzarnos a la discoteca y a la cervecería. Yo sentía que el mundo se me venía encima, Moya, Canadá no tiene embajada ni consulado en El Salvador, de haber perdido mi pasaporte hubiera tenido que viajar a Guatemala, a realizar trámites prolongados, por lo que mi estadía aquí se hubiera vuelto interminable. Sudo frío de sólo pensarlo, Moya. Fuimos a los brincos a buscar dentro del carro, a palpar sobre las alfombras y debajo de los asientos. Yo estaba ya en el vórtice del delirio, Moya, imaginaba lo peor: que mi pasaporte canadiense había quedado tirado en la cervecería o en la discoteca y que tendría enormes problemas para conseguir un nuevo documento, me dijo Vega. Sudaba, me temblaban las manos la histeria estaba a punto de hacerme reventar. Le grité a mi hermano que mi pasaporte canadiense no estaba dentro del carro, debíamos partir de inmediato a los dos antros donde habíamos estado anteriormente. Mi hermano me pidió que lo dejara buscar a él, yo debía calmarme, que no me preocupara, pronto encontraríamos mi documento. Semejante imbécil, Moya, pidiéndome que me calmara. Pero me hice a un lado para permitirle que él buscara en la parte delantera del carro, me dijo Vega. Estaba a punto de quebrarme, mis

nervios no aguantaban más, a punto de empezar a dar alaridos y patadas porque había extraviado mi pasaporte canadiense por culpa de mi hermano y de ese negroide, por aceptar la invitación de «ir a joder» en la noche con esos seres sórdidos e imbéciles, estaba a punto de quebrarme cuando mi hermano lanzó un grito de júbilo y dijo: «lo encontré». Y ahí estaba, Moya, la mano de mi hermano tendiéndome mi pasaporte canadiense, la estúpida sonrisa de mi hermano detrás de la mano con mi pasaporte canadiense que se me había caído sin que yo lo notara cuando entré al carro para huir de la asfixiante discoteca donde el negroide ferretero me había mareado con su verborrea sobre sus extraordinarias aventuras sexuales, me dijo Vega. Le arrebaté de la mano mi pasaporte canadiense y, sin decir palabra, sin siquiera voltearlos a ver, corrí hacia un taxi estacionado unos metros adelante. Salí de ahí como perseguido por el diablo, Moya. Y no hubo manera de que me calmara hasta que entré a la habitación en casa de mi hermano y me metí a la cama con la absoluta seguridad de que mi pasaporte canadiense estaba férreamente resguardado bajo la almohada, me dijo Vega. El peor susto de mi vida, Moya. Incluso durante el trayecto en el taxi me la pasé aferrado a mi pasaporte canadiense, hojeándolo, constatando que ése de la foto era yo, Thomas Bernhard, un ciudadano canadiense nacido hace treinta y ocho años en una ciudad mugrosa llamada San Salvador. Porque esto no te lo había contado, Moya: no sólo cambié de nacionalidad sino también de nombre, me dijo Vega. Allá no me llamo Edgardo Vega, Moya, un nombre por lo demás horrible, un nombre que para mí únicamente evoca al barrio La Vega, un barrio execrable en el cual me asaltaron en mi adolescencia, un barrio viejo que quién sabe si aún exista. Mi nombre es Thomas Bernhard, me dijo Vega, un nombre que tomé de un escritor austriaco al que admiro y que seguramente ni vos ni los demás simuladores de esta infame provincia conocen.

San Pedro de los Pinos, Ciudad de México,
31-diciembre-1995/5-febrero-1996



Nació en 1957 en Tegucigalpa, Honduras. Criado en El Salvador, ha vivido en varias ciudades de América y Europa, en particular en la Ciudad de México, donde ejerció el periodismo durante doce años. De 2004 a 2006 residió en Frankfurt como escritor invitado por la Feria Internacional del Libro de esa ciudad. Ha sido escritor invitado en la Universidad de Tokio y actualmente imparte clases en la Universidad de Iowa. Es autor de diez novelas, de las que siete han aparecido en Tusquets Editores, han sido traducidas a varios idiomas y han alcanzado un destacado éxito de crítica internacional: *El arma en el hombre*, *Donde no estén ustedes*, *Insensatez*, *Desmoronamiento*, *El asco*, *Tirana memoria* y *La sirvienta y el luchador*. Sus narraciones breves se reunieron en el volumen *Con la congoja de la pasada tormenta*, y la traducción inglesa de *Insensatez* mereció el XXVIII Northern California Book Award 2009.